

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 26. — N° 773.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

El rey de Prusia y el mensaje del Reichstag; grabado. — Obrar bien... que Dios es Dios. — Exposición universal de 1867; grabados. — Revista de París. — Poesía. — Los Arboles. — Las exequias de M. Fould; grabado. — Debe y haber. — Revista de la moda; grabado. — El accidente de San Juan de Luz; grabado. — Incendio de las selvas de la Córcega; grabado. — Oliverio. — Problemas de ajedrez; grabado. — Los bonos de la insurrección romana; grabado.

El rey de Prusia

Y EL MENSAJE DEL REICHSTAG.

Sabido es que el rey de Prusia acaba de hacer una visita al palacio de Hohenzollern, cuna de su raza, y que allí ha recibido á M. Simpson, que le presentó el mensaje del Reichstag. Esta escena representa nuestro primer grabado. El presidente de la Asamblea federal dirigió al rey Guillermo el discurso siguiente:

« Vuestra Majestad se ha dignado decidir que el mensaje del Reichstag le sea presentado hoy en la residencia de Hohenzollern.

» Este lugar recuerda los primeros comienzos de la dinastía real prusiana.

» Desde lo alto de estas rocas es de donde la ilustre casa de los príncipes de Hohenzollern ha extendido los beneficios de su gobierno hácia el Norte hasta los dos mares. Allí ha surgido bajo su cetro una vida nueva de estas ruinas. Allí también el antiguo orden de cosas ha sido anonadado y se han echado los cimientos de un



ALEMANIA. — Su Majestad el rey de Prusia recibiendo el mensaje del Reichstag en el palacio de Hohenzollern.

nuevo Estado alemán agrandado y bien fortalecido.

» Hoy penetra en estos augustos espacios y se eleva hasta V. M. la voz de la representación de 30 millones de hombres unidos políticamente por un lazo constitucional, de un pueblo que tiene conciencia íntima de poseer exclusivamente en sí mismo los elementos y las leyes de su movimiento, de su progreso y de su desarrollo.»

El rey ha respondido en los términos siguientes, que la Asamblea ha escuchado en pie:

« Recibo con alegría el mensaje del Reichstag. Veo en él la prueba de que la semilla del año próximo pasado ha germinado felizmente.

» Los sentimientos y las esperanzas que me expresáis son las mías. Un día podrán hallar su realización y su consagración, de que será también testigo la cuna de los Hohenzollern. Las palabras que el Reichstag me ha dirigido, me prueban que la Providencia está con la que tomó nacimiento aquí, que estaba y está aun con la Prusia.»

El rey pidió en seguida un informe sobre la marcha de los trabajos del Reichstag, y se declaró satisfecho de los resultados obtenidos hasta el día.

Obrar bien... que Dios es Dios.

I.

La vertu est aussi une force.
TOULLOTE.

La virtud es también una fuerza.

Saliendo del pueblo de *Dos Hermanas* en dirección a Sevilla, véase a la izquierda olivares, que se prolongan en línea recta, y que al internarse, se alzan sobre un cerro dilatado aunque de poca altura. En la cima se halla escondido entre los olivares un antiguo castillo, que labraban los moros sobre aquel cerro, porque domina una extensa llanura. Hallábase no ha muchos años, y suponemos que aun hoy día se hallará en el mismo estado en que lo tuvieron los árabes, sin mas variación que haberse convertido en molino de aceite el local que probablemente fué cuadra, en trojes lo que sería almacén, y en estancia para trabajadores campesinos lo que sería cuartel de las tropas. Con estas variaciones, a favor de las cuales, del estado militar pasó al estado civil, esto es, de castillo se convirtió en hacienda, adquirió legítimamente el nombre de *Serrezuela*, que puede fuese el nombre de su conquistador cristiano, aunque no lo sabemos. Lo que sí sabemos, y nos interesa mas, es el nombre que le puso y conservó el pueblo extrajudicialmente en los archivos de la tradición, y fué el de *Castillo del último moro*. Hé aquí el hecho que le valió el nombre.

En la época de la expulsión de los árabes, el caudillo que defendía el castillo nunca quiso rendirse ni capitular. Mucho tiempo se mantuvo encerrado entre sus muros de argamasa, como el león en su jaula de hierro. Todos los días se le veía subir con sus compañeros a una de las cuatro torres que flanqueaban en sus ángulos el cuadrado castillo, para descubrir, en la inmensa extensión de terreno que abarcaba su vista, si le llegaba socorro de los suyos; ¡pero en vano! El santo rey los había ahuyentado a todos. Hecho el reconocimiento, bajaba, si bien marchitas las esperanzas, inmutables, firmes y lozanos los bríos.

Poco a poco observaron los sitiadores aminorarse el número de los que le acompañaban, hasta que le vieron subir solo. Siguió impertérrito en su inspección diaria que hacia descolorido, caído de fuerzas, pero siempre entero de ánimo.

Un día no subió. En aquel día escalaron los cristianos los muros sin hallar resistencia. Al pie de la escalera de la torre encontraron armado, en pie y sin vida, al nunca rendido *último moro*.

Efectivamente, aquel castillo de argamasa aislado y oscuro, sin mas comunicación con lo exterior que la puerta de entrada, flanqueado con sus cuatro torres coronadas de almenas, semejantes a pirámides de cementerios, parece un gran ataúd. Está estrechamente rodeado de olivos que le cercan apiñados, como para enterrarlo. Cual la del navegante, nada percibe la vista del que está dentro ó en su cercanía, sino una multitud de verdes copas de olivos, semejante a la multitud de verdes olas de la mar, y el cielo sobre su cabeza. La escalera por la que subía el moro a la plataforma de la torre, está derruida, y no prestando utilidad, no ha sido reedificada. No siendo tampoco necesarios para las sencillas gentes campesinas que allí moran ninguno de los requisitos que sirven en los edificios labrados para ser cómodamente habitados, el *Castillo del último moro* permanece en el mismo ser y estado marcial, escueto y fuerte que tuvo, y es digna tumba del que lo defendió hasta su muerte.

¡No puede darse nada mas triste que este resto tan intacto de un pasado tan desvanecido! Esa eterna existencia entre extraños, es melancólica en su inmovilidad; cual la del Judío errante en su incesante movimiento. ¿Qué sobrevive y queda de aquel hecho heroico? Una tradición en boca del pueblo, que nadie escucha, y esa gran tumba de héroes sepultada entre olivos, sobre la

cual las simbólicas ramas de estos estampan por solo epitafio: ¡Paz a los muertos!

Parecía aquella morada comunicar algo de su gravedad y silencio a la familia del capataz que la habitaba. Era este un hombre austero; su mujer era callada, y sus hijos tímidos; *Vármen*, la mayor, que unía a su timidez juicio y dulzura, era bien querida en el lugar, en que hablando de ella, sellaban su elogio con decir, según la expresión del país, que era *arrimadita a la iglesia*.

En una ocasión acaeció que murió el guarda del olivar a tiempo de la cogida, lo que apuró tanto mas al capataz, cuanto que era a la sazón mas necesario y mas difícil hallar quien le reemplazara. Uno de los acarreadores de la aceituna le propuso a un hombre que dijo ser muy propio para el oficio, y el capataz le admitió sin conocerle y sin saber sus antecedentes, en vista de la apremiante necesidad que de él tenía.

El nuevo guarda era un hombre, que sin ser mal parecido, repelia. Su tez tostada, sus espesas patillas, su adusta y altanera mirada le daban, al decir de los trabajadores, «sombra» en la cara; sus modales bruscos y sus pocas palabras alejaron de él todas las simpatías. A poco se esparció una voz por el lugar, una de esas voces que parecen formarse en las nubes, y que llegan a tierra como aerolitos consistentes y compactos, de que aquel hombre, que parecido al huracán, había venido sin saberse de dónde, ni a dónde iba, andaba a salto de mata, *prestado* y *forastero* en todas partes, para burlar a la justicia que le buscaba con objeto de echarle mano.

Vármen notó con sobresalto que cuando venia el guarda al castillo a las horas de las comidas, tenía fija tenazmente sobre ella su atención. Era *Vármen* lo que suelen ser las que se clasifican de *arrimadas* a la iglesia, opuesta a que se ocupasen de ella. Su vestir era con extremo aseado y primoroso, pero rigurosamente sencillo; la ropa que llevaba era basta, pero limpia; cuidadosamente remendada, pero sin adorno alguno; su cabello estaba siempre alisado y recogido; pero nunca adornaban flores su cabeza. Las flores de los jardines quieren las brisas de la primavera para ostentarse; en las cabezas de las mujeres quieren las alegrías, que no todas tienen, ¡ni aun en la juventud! Así es que como el agrandar a los hombres no se lo pedía su vanidad, ni agrandar a aquel se lo pedía su corazón, puso todo esmero en evitar su presencia.

Una mañana estaba *Vármen* en el patio, lavando en una media tinaja empotrada en un pozo adherente al pozo: a su lado estaban jugando sus hermanas y los hijos del manijero. *Vármen* no prestaba atención ni a sus juegos ni a lo que decían: en cuanto a nosotros, no podemos pasar cerca de un grupo de niños sin detenernos a observarlos. En ellos se encuentra la gracia sin afectación ni pretensiones, la que sin buscarlo halla el agrado; gracia inocente cual ellos, y por tanto llena de encanto y de simpatía.

— Mariquilla, dijo la niña del manijero:

— Cuando baja ríe, cuando sube llora;
¿A que no me lo aciertas en una hora?

— Yo no *sabo*, contestó la interrogada, que era la menor y mas mimada de las hermanas de *Vármen*.

— ¡Qué tontona eres! Es el carrillo.

— Chacha (1), dijo Mariquilla altamente ofendida. Josefita me dice *tontona*.

— Vamos, no reñir, intervino *Vármen*; a cantar como los pájaros, a ver si os crecen alas.

Las chiquillas no se hicieron de rogar, y la una cantó:

En un cuerno de la luna
He puesto a mi corazón,
Para que no se lo lleve
Un gato que es muy ladrón.

— No dice *gato*, que dice *niño*, observó otra mayorcita.

— *Gato*, afirmó la cantadora; que los niños no son ladrones.

— ¿Que no? Tu hermanito dichoso me robó a mi tres bellotas.

— Eso era de chancilla.

— ¡Caramba con las chancillas! Tiene tu hermano la gracia, lo mismo que las avispas; por detrás y que duele.

— Y el tuyo es mas feo que el *Carlenco*.

— Yo sé el cuento del *Carlenco*, observó otra.

— ¿Quién te lo contó?

— Mi abuela, que sabe mas de mí.

— Anda, *Catanilla*, cuéntalo.

La interpelada estuvo muy dispuesta, y todas se pusieron a escucharla con gran atención; y nosotros con ellas.

II.

EL CARLANCO.

CUENTO POPULAR INFANTIL.

Era vez y vez una cabra, muy mujer de bien, que te-

(1) Chacha llaman los niños del pueblo a su hermana mayor.

nia tres chivitas, las que había criado muy bien, y meditas en su casa.

En una ocasión en que iba por los montes, vió a una avispa que se estaba ahogando en un arroyo; le alargó una rama, y la avispa se subió en ella y se salvó.

— ¡Dios te lo pague! que has hecho una buena obra de caridad, le dijo la avispa a la cabra. Si alguna vez me necesitas, ve a aquel paredon derrumbado, que allí está mi convento. Tiene este muchas celditas que no están enjalbegadas, porque la comunidad es muy pobre, y no tiene para comprar la cal. Pregunta por la madre abadesa, que esa soy yo, y al punto saldré y te serviré de muy buen agrado en lo que me ocupes.

Dicho lo cual, echó a volar cantando maitines.

Pocos días despues les dijo una mañana temprano la cabra a sus chivitas:

— Voy al monte por una carguita de leña; vosotras, encerraos, atrancad bien la puerta, y cuidado con no abrir a nadie; porque anda por aquí el *Carlenco*. Solo abriéis cuando yo os diga:

¡Abrid, hijitas, abrid!

Que soy la madre que os parí.

Las chivitas, que eran muy bien mandadas, lo hicieron todo como se lo había encargado su madre.

Y cate Vd. ahí que llaman a la puerta, y que oyen una voz como la de un becerro, que dice:

¡Abrid, que soy el *Carlenco*!

Que montes y peñas arranco.

Las cabritas, que tenían su puerta muy bien atrancada, le respondieron desde adentro:

¡Abrela, guapo!

Y como no pudo, se fué hecho un veneno, y prometiéndoles que se la habían de pagar.

A la mañana siguiente fué y se escondió, y oyó lo que la madre les dijo a las chivitas, que fué lo propio del día antes. A la tarde se vino muy de quedito, y remediando la voz de la cabra, se puso a decir:

¡Abrid, hijitas, abrid!

Que soy la madre que os parí.

Las chivitas, que creyeron que era su madre, fueron y abrieron la puerta, y vieron que era el mismísimo *Carlenco* en persona.

Echáronse a correr, y se subieron por una escalera de mano al sobrado y la tiraron tras sí, de manera que el *Carlenco* no pudo subir. Este, enrabado, cerró la puerta, y se puso a dar vueltas por la estancia, pegando unos bufidos y dando unos resoplidos, que a las pobres cabritas se les helaba la sangre en las venas.

Llegó en esto su madre que les dijo:

¡Abrid, hijitas, abrid!

Que soy la madre que os parí.

Ellas, desde su sobrado, le gritaron que no podían, porque estaba allí el *Carlenco*.

Entonces la cabrita soltó su carguita de leña, y como las cabras son tan ligeras, se puso mas pronto que la luz en el convento de las avispas, y llamó.

— ¿Quién es? preguntó la tornera.

— Madre, soy una cabrita para servir a usted.

— ¿Una cabrita aquí, en este convento de avispas, descalzas y recoletas? ¡vaya! ni por pienso. Pasa tu camino, y Dios te ayude, dijo la tornera.

— Llame Vd. a la madre abadesa, que traigo prisa, dijo la cabrita; si no, voy por el avejaruco (1), que le ví al venir para acá.

La tornera se asustó con la amenaza, y avisó a la madre abadesa, que vino, y la cabrita le contó lo que pasaba.

— Voy a socorrerte, cabrita de buen corazón, le dijo, vamos a tu casa.

Cuando llegaron, se coló la avispa por el agujero de la llave, y se puso a picar al *Carlenco*, ya en los ojos, ya en las narices, de manera que lo desatentó, y echó a correr que echaba incendios; y yo

Pasé por la cabreriza,

Y allí me dieron dos quesos;

Uno para mí, y el otro

Para el que escuchare aquesto

III.

Apenas concluía la contadora su cuento, cuando entró el guarda, que sin decir palabra se acercó a ellas, puso su escopeta a su lado, se apoyó en el pilar del pozo, y se puso a picar un cigarro. *Vármen* se sintió desconcertada y fatigosa con la presencia de aquel hombre, que la repelia, y tuvo deseos de alejarse. Pero por un

(1) Pájaro que se come las avispas.

lado no tenía pretexto para hacerlo, sin faltar á esa urbanidad innata, pasada á deber y costumbre en el pueblo; y por otro, le urgía concluir pronto lo que estaba haciendo.

Al cabo de un rato, y como para entrar en conversacion, llamó el guarda á Mariquita; pero esta, en lugar de acudir, se refugió al lado de su hermana, y se abrazó á sus faldas, en cuyos pliegues desapareció su diminuta persona, sin que de ella se percibiese mas que su carita, que miraba con ceño y desconfianza al que la habia llamado.

— ¡Esquiva! dijo el guarda; ¡eso es de casta!

Värmen permaneció callada.

— Oiga Vd., prosiguió su interlocutor: no es de ahora que noto yo que me huye Vd. la cara.

— No huyo la cara ni á Vd. ni á nadie, contestó Värmen; pero no soy amiga de dar conversacion á los hombres.

— Ni yo de sembrar para no coger; ¿está Vd., Värmen?

— Pues para eso, mire Vd. antes en la tierra que siembra; que tierra que sirve para viña, no sirve para olivar, contestó Värmen.

— ¿Usted me desprecia á mí?

— No, señor, yo no acostumbro á bajar á nadie de su estado.

— Pues ábrame Vd. la ventana esta noche, que tengo que decirle.

— ¿Yo? no, señor: yo no abro mi ventana.

— A otro se la abrirá usted.

— No, señor; ni al lucero del alba que viniese con una torta en la mano.

— Pues por eso digo, que en cambio de mi voluntad que le he dado, me da Vd. un desprecio.

— Yo no desprecio á usted.

— Pero no quiere dar oídos.

— Eso no, ni pasarse, ni llegarse.

— Si no es hoy, mañana será; ó he de poder poco.

— Señor, exclamó azorada y ofendida Värmen. No exprima Vd. tanto la naranja que amargue el zumo; y déjese andar tras de aquello que no ha de alcanzar.

— A carrera larga nadie escapa, repuso el guarda, cogiendo su escopeta y alejándose.

La pobre Värmen quedó atribulada; y al domingo siguiente, cuando fué al lugar, le contó al cura, que era su confesor, lo que le habia pasado con el guarda, y tenía perturbado su ánimo, hasta entonces tan sereno.

El cura, sin tener un talento sobresaliente, ni una santidad que llamase la atencion, era uno de esos sacerdotes cuyo carácter, inclinaciones, estudios, educacion, ocupaciones y hábitos los hacen perfectamente aptos para el desempeño de su ministerio. Con él estaba hacia muchos años tan identificado el cura, que unido esto al conocimiento individual que tenia de cuantos componian su rebaño, le hacian un pastor modelo. Hemos dicho «modelo», y no «ideal», porque los ideales son escasos. Por esto se haria mal en no apreciar lo que es muy bueno, solo porque no llega al apogeo ó ideal de la perfeccion, en vista de que esto solo lo hallamos en realidad en la vida de los entes privilegiados que han merecido el dictado de santos, y ficticiamente en las creaciones de los poetas, que hacen bien en presentarlo para enaltecer á la humanidad, pero que harian mal si lo presentasen para desprestigiar y deprimir aquello que no se eleva á tanto.

— No te inquiete ni temas, le dijo el cura, pues no tienes por qué; que culpa no tiene quien hace lo que debe. Y tú, lo que debes hacer, es no dar oídos á ese hombre.

Al domingo siguiente volvió á hablarle al cura, mas asustada, mas acongojada aun, y le dijo que el guarda la perseguia y hostigaba con su amor, de manera que no la dejaba vivir, y hasta habia llegado á amenazarla si se mantenía en no darle oídos.

— Sosiégate, hija, y no temas, la contestó el cura. Todas esas son tretas de que se valen los hombres para perder á las inocentes como tú: «Obra bien... que Dios es Dios.»

Al tercer domingo, la pobre jóven se mostró mas afligida y atemorizada que nunca, la obstinacion del guarda, su vehemencia y sus amenazas, la hacian temer una desgracia si le exasperaba mas con sus negativas.

«Haz lo que debes, y suceda lo que suceda.» Así terminó el cura los consejos paternales que le dió para que siguiese impávida en la senda de la virtud.

A los pocos dias, habiendo salido Värmen al olivar para buscar una gallina que se habia extraviado, se presentó de repente á su vista el guarda. Värmen asustada se volvió presurosa dirigiéndose hácia la hacienda.

— ¿Huyes? le dijo su perseguidor. ¡Huyes de mí, porque te acusa la conciencia!

— ¿La conciencia? contestó Värmen. «Culpa no tiene quien hace lo que debe.»

— ¿Tú te has parado á considerar, prosiguió el guarda, lo que es y lo que puede resultar de exasperar á fuerza de desprecios á un hombre como yo? ¿Tú sabes de lo que soy capaz? ¿Sabes que puedo perderte?

— ¡Obrar bien... que Dios es Dios! contestó Värmen con la calma propia en el momento de las grandes crisis.

— ¡Värmen! por última vez... ¿me desechas?

— Si, contestó Värmen con la palidez del pavor en el rostro, y la firmeza del buen propósito en el acento.

— Pues sábetelo, ingrata, que en su vida, este á quien ofendes ha dejado hueco entre el agravio y la venganza, que eso en la sangre lo tengo, y lo mamá con la leche que me crió.

— Y yo con la buena enseñanza cristiana que he ma-

mado, tengo en el alma este otro propósito: «Haz lo que debes, y suceda lo que suceda.»

— ¡Hola, ya caigo! dijo con concentrada ira el guarda. El que te dirige es el cura. ¡A ese, á ese, es al que debo tus repulsas que no he podido vencer, tus desdenes que no he podido desarmar, tu dureza que no he podido ablandar! ¡Pues él pagará por él y por tí! Mañana me voy, no volverás á verme; ¡pero por estas que me afeito, que te acordarás de mí mientras memoria tengas!

Diciendo esto, el guarda se alejó rápidamente, y desapareció entre los olivos.

A la mañana siguiente, vió el cura entrar en su casa á Värmen, la que deshecha en lágrimas le refirió lo que le habia pasado.

— No te apures, hija, le dijo cuando hubo concluido de hablar: esos son espumarajos del coraje, que cae cuando la razon vuelve á adquirir su imperio.

— ¡Padre, no le conoceis! repuso sollozando Värmen, es un desalmado. ¡No salgais, por Dios, mañana; que os va á matar!

— Sosiégate, hija, que va mucho de hacer una amenaza á cumplirla.

— Padre, repitió acongojada Värmen, no le conoceis; tiene echada el alma atrás, y cumplirá la amenaza: lo ha jurado.

— Pues, hija, repuso el cura, «haga yo lo que deba, y haga Dios lo que quiera.»

IV.

Del lado opuesto del pueblo se extiende un pinar, al que se llega por un prado de roja arena, que cubre un césped tan corto y espeso, que parece lo ha tejido la naturaleza para avergonzar á los tejedores de las mas afamadas alfombras. En los parajes mas bajos y húmedos en el tiempo de las lluvias, este césped se ve salpicado con tal profusion de pequeñas margaritas blancas, miniaturas de esta bella especie, las que componen las once mil vírgenes del paraiso de Flora. Por los parajes secos, crece, cercana á la tierra, una flor pequeña que lleva el nombre de «flor de la abeja», nombre bien apropiado, porque esta florecita tiene con pasmosa exactitud la forma y colores de dicho animalito. No parece sino que habiendo bajado á descansar, si es que esa laboriosa é incansable coleccionadora de miel busca jamás descanso, se ha posado sobre un tallo, y ha quedado adherida al reino vegetal por hechizo de algun maléfico gnomio. Dan impulsos de traer á aquellos parajes una colmena, para probar si la vista del hogar doméstico las hace romper el encanto que las tiene convertidas en pequeñas y mudas estatuas. Pudiérase pensar que eran las flores que lo habian exigido de Flora, para dar á las abejas este castigo, semejante al que recibió la mujer de Lot; si fuese dable atribuir á las flores deseos de venganza ni resentimiento, porque gozasen otros de la miel de su corazon. Pero no lo es; ellas que expenden con profusion y entregan al inconstante aire su perfume con loca prodigalidad, porque saben que tienen para dar y que les quede, no pueden ser avaras. Es esta flor la singularidad mas peregrina que hemos visto. Tiene además la de ser incultivable; todos los ensayos que se han hecho con este fin han sido infructuosos, lo que nos confirma en nuestro primer aserto, de que ese fenómeno es un hechizo del maligno gnomio de aquel rojo arenal.

La naturaleza, no contenta con extasiarnos con sus obras maestras, se complace á veces en admirarnos, ya con sus encantadores caprichos, ya con misterios llenos de alto sentido. ¡De cuántos modos nos llama Dios á adorarle en sus obras! Oid el himno que entonan todos esos susurros, todos esos sonidos que no comprendemos, y que en diferentes tonos, ya graves, ya alegres, ya dulces, ya austeros, difunde el aire, el agua, el fuego, las plantas, todo lo que creemos inanimado. Oid atentos, y os convencereis de que dicen: «¡venite, adóremos!»

Aquel pinar era el sitio en que indefectiblemente pasaba el cura todas las tardes.

Aquella á la que habia precedido su conversacion con Värmen, salió como tenia de costumbre.

Cuando se hubo internado en el pinar, vió de repente salir de entre la enramada al guarda que traía su escopeta, el cual, parándose á corta distancia, se la echó á la cara, clavando en él sus ardientes y amenazadores ojos.

El cura se paró igualmente; pero con ánimo tan sereno, que al mirar al que le amenazaba, su rostro solo expresaba la mas completa calma y la mas pura dignidad. Un rato se estuvieron fijando ambos, inmóviles y en silencio; lentamente se inclinó hácia tierra la direccion de la escopeta del guarda, que en seguida bajó sus ojos, y despues de un momento de indecision, dijo con honda voz:

— ¡Vaya Vd. con Dios, padre! y desapareció bruscamente en la espesura.

— ¡Dios bendiga tu primer paso en la senda del bien, hijo! repuso en ría y conmovida voz el cura, y salve tu alma, que pierdes entregándola á tus malas pasiones.

Si esta bendicion llevó su fruto, se ignora; pues nunca se volvió á saber de aquel á quien fué aplicada.

NOTA. — Este sucedido, tan pequeña cosa en el hecho y tan grande en su significacion, fué comunicado con la mas sincera sencillez, al que lo ha referido, por el mismo cura que en él actúa, que lo relataba con el solo objeto de probar que el hombre no cumple tan fácilmente como lo concibe, un mal propósito.

FERNAN CABALLERO.

Exposicion universal de 1867.

HISTORIA DEL TRABAJO, seccion francesa (siglo XVIII). GALERIA DE LAS MÁQUINAS, secciones suiza y austriaca. — LOS AQUARIUMS.

Nada mas curioso é interesante á la vez que las salas de la Historia del trabajo en la Exposicion, pues ellas nos presentan la historia del hombre. Comienza esta historia en el momento en que el hombre débil y desnudo, y mas ignorante que débil, aparece en la tierra, su dominio, que tuvo que conquistar palmo á palmo con el sudor de su frente. Asi vemos cuán inciertos son sus primeros pasos, cuán informes los primeros ensayos de su industria. Sus necesidades, muy limitadas entonces, apenas eran otras que las de los animales en medio de los cuales tenia que vivir, y vivia como podía. Hacia sus armas de pedernal: es la edad de piedra. Prometeo no habia traído aun del cielo el fuego vivificador. El hierro yacia inútil en el fondo de las minas. ¿Cómo fué sacado de ellas por primera vez, y quién fué el que inventó el arte de forjarle? Lo ignoro, y tampoco sé quién podria decirlo. Lo cierto es que el tal inventor fué uno de los bienhechores de la humanidad, cuya faz debia cambiar su invento. Con el hierro y el fuego todo se puso en movimiento, y desde entonces no se ha detenido. El hombre caminó de descubrimiento en descubrimiento. A veces solia tomarse tiempo; pero ¿qué es un siglo mas ó menos para la humanidad? Menos de una hora, menos quizá de un minuto en la vida de un hombre. Con la civilizacion nuestras necesidades se aumentaron; luego se multiplicaron á medida que el arte se refinó, y la industria humana debió ingeniarse para satisfacerlas.

Recorriendo el pórtico de la historia del trabajo, asistimos, digámoslo asi, á los esfuerzos que hizo la dicha industria con tal fin, y los productos que vemos expuestos, con sus sucesivas transformaciones y sus perfeccionamientos incansables, son los testigos mudos é irrecusables que atestiguan la sucesion de esos esfuerzos continuados.

El dibujo que publicamos representa el estado de la industria en Francia en el siglo XVIII. ¡Cuánto camino habia andado en esa época, y qué distancia media entre el hacha de piedra de los primeros dias, y la flecha que remataba en una espina de pez, y ese fusil de chispa, una maravilla de entonces; entre esas urnas, esos vasos y platos de la época galo-romana, y esas preciosas copas, esas finas porcelanas sobrecargadas de amores rollizos, esas tazas delicadísimas del tiempo de Luis XV! Es indudable que el siglo XVIII llegó á una perfeccion que seguramente no ha sobrepujado el nuestro, en todos esos productos nacidos de la alianza del arte y la industria, abanicos, esmaltes, bronces, marfiles esculpidos, joyas, ornatos de toda especie. Todo esto es digno de admirarse por la infinita variedad de forma, por los caprichos del dibujo, por la armonía y originalidad del conjunto. Verdad es que fuera de esto no hay nada. Ese siglo de ayer se halla á mil leguas del siglo de hoy. Este ha robado á la ciencia sus botas de siete leguas y corre á todo vapor. Dentro de poco irá como el rayo, que ha domado.

Para convencerse de esto, no hay mas que dar la vuelta á la Gran galería de las Máquinas del palacio de la Exposicion, ó bien (lo que será menos cansado) echar una ojeada á la seccion suiza y á la seccion austriaca de esa misma galería, secciones que reproduce nuestro dibujo.

El hombre ha llamado por todas partes en su ayuda á las fuerzas de la naturaleza, y las ha sometido á su antojo, por lo cual no se doblega hoy como antiguamente, bajo el yugo de un trabajo desproporcionado. El trabajador no es ya la bestia de carga de la antigüedad, que como Sansón al palo del filisteo, daba vueltas á la rueda del molino. Ya no inclina la frente hácia la tierra, sino que la levanta y puede mirar al cielo. Ya respira por fin: se pertenece, es dichoso. ¿Y á qué debe todo esto? A la invencion de la máquina. Sí, la máquina es la que ha operado semejante metamorfosis. La máquina trabaja por el hombre, y todo el trabajo del hombre se limita á vigilarla. No se cansa uno de admirar este espectáculo. Para no hablar mas que de la seccion suiza en donde nos hallamos, observemos esos telares de hilar algodón. El motor ha animado el telar. Centenas de canillas se mueven una al lado de otra como ágiles obreras, y trabajan á porfía, y para mantener en buen orden la operacion, un hombre y una mujer bastan. ¿Quién lo creería sin haberlo visto? Lo mismo se puede decir de las demás máquinas que hacen cada cual distinto officio.

Tampoco falta maquinaria en la seccion austriaca. Dejemos aparte las locomotoras. Hé aquí una interesantísima coleccion de instrumentos de agricultura: arados húngaros, sembradoras, etc. Luego hay carruajes y otras muchas cosas en esta seccion austriaca de la galería. La guerra está aquí abundantemente representada. Aparato de telegrafia de guerra, aparato para proyectar la luz eléctrica á larga distancia en la defensa de las plazas fuertes, aparato eléctrico portátil para pegar fuego á las minas, toposcopio que sirve para determinar la situacion respectiva de un buque enemigo, y de un torpedo submarino. Despues vienen los modelos de navios de coraza, despues el tren de puentes militares, y despues, ¡curiosa coincidencia! en medio de estos instrumentos de destruccion, en el puesto de honor, han co-



EXPOSICION UNIVERSAL. — Galeria de la Historia del trabajo: seccion francesa (siglo XVIII).



EXPOSICION UNIVERSAL. — Galeria de las Máquinas: secciones austriaca y suiza.



EXPOSICION UNIVERSAL. — El aquarium de agua de mar.



EXPOSICION UNIVERSAL. — El aquarium de agua dulce.

locado una colección de fétros metálicos. Escapémonos pronto.

Llegamos á los aquariums, que son dos, el marino y el de agua dulce. El primero deja que desear, pero en fin, tal cual está, merece ser visitado. Se experimenta cierto placer no exento de temor, cuando despues de haber penetrado en su primera gruta, se introduce uno en sus corredores subterráneos, al cabo de los cuales se desemboca de repente en una galería rodeada de agua por todas partes, donde se ven nadar anguilas, rayas y lijas.

No tiene las mismas sorpresas el aquarium de agua dulce, que solo encierra una gruta. Segun la primera idea, debió haber diez y nueve compartimientos, como lo indica la disposición de los pilares; pero como ciertos peces exigieron mayores especies, el número de estos compartimientos se redujo á once. Es que estos huéspedes acuáticos son delicados, y no es tan fácil como parece darles gusto. Por ejemplo, estos sibiritas no quisieron el agua del Sena, y ha habido que traérsela del Dhuis, sin contar que, á pesar de todo, algunos de los mas curiosos de observar han muerto. De todas maneras, no faltan habitantes; y gracias á los cuidados y habilidad de M. Gassier, el eminente naturalista director del aquarium de agua dulce, todos ellos disfrutan hoy de cabal salud. Pétigas, espinolas, gubios, ciprinos, carpas, salmones y truchas, forman una colección digna de admirarse. Luego hay colecciones de tortugas de agua dulce, de cangrejos, de moluscos, de insectos, de plantas acuáticas, en suma, no falta nada, y es un placer poder observar los usos y costumbres de ese mundo acuático, vivir, digámoslo así, en medio de él, sin humedecerse los zapatos.

C. P. D.

Revista de Paris.

El miércoles último á las tres de la tarde hizo su entrada en Paris el emperador de Austria. El emperador Napoleon salió á recibirle á la estación del ferro-carril del Este, y entrambos soberanos se pusieron en marcha, seguidos de un séquito ostentoso, con dirección al palacio de Tullerías, donde tuvieron lugar las presentaciones oficiales. El gentío que habia en la carrera era extraordinario. Fué otro día como el de la entrada del emperador de Rusia, con mas las aclamaciones que resonaron en todo el trayecto.

El emperador Francisco José pasará en Paris hasta fin de mes, y en la mañana del día siguiente al de su llegada, hizo su primera visita á la Exposición universal, que se halla ya en vísperas de cerrarse.

Continuando hoy nuestro paseo por el parque de esta Exposición, principiaremos por señalar, en la parte francesa, una serie de casas obreras.

La compañía de las minas de hulla de Blanzly ha presentado muestras de las 679 casas que ha hecho construir para sus operarios. Cada casa cuesta 2,200 francos, y puede alquilarse por 54 francos anuales. La casa se divide en dos habitaciones, y cada una de estas, acompañada de un jardín de 600 metros cuadrados, comprende cuartos de dormir, cueva y granero.

Las *cités* obreras de Mulhouse ofrecen tambien particularidades interesantes.

La construcción que figura en el Campo de Marte es doble, y una de las habitaciones que contiene está ocupada por una familia. Nada mas aprovechado que el reducido espacio de esta habitación: la pieza de entrada sirve á la vez de antesala y de cocina, de comedor y de pasillo. A la derecha la puerta de un cuarto bastante grande, y en el fondo dos puertas, una de la cueva y otra de la escalera en espiral que conduce al piso alto. Todo respira aseo y comodidad en lo que cabe.

Cerca de aquí tenemos el pabellon de la sociedad protectora de los animales, en el cual se ven expuestos los aparatos que sirven para hacer menos penoso el trabajo del animal, las invenciones propias para mejorar su condicion, y todas las obras útiles á la propagación de la idea. Este pequeño edificio es visitado y estudiado por todos los que se consagran á obras filantrópicas.

La maquinaria abunda en esta seccion, como es de suponer; pero nuestro objeto, ya lo hemos dicho, no es mas que señalar de paso las curiosidades que pertenecen al dominio de la crónica.

Bajo este concepto, diremos dos palabras sobre la prensa tipográfica sin tinta.

Todo visitante que quiere hacer su tarjeta, no tiene mas que entrar en el pabelloncito donde está la prensa, y pronunciar su nombre, y al punto se hace la composición en caracteres de imprenta, y la máquina arroja cien tarjetas, todo ello en menos de dos minutos. Esta rapidez se consigue gracias á una composición química que reemplaza la tinta ordinaria.

La Bélgica toca á la parte francesa, y en esta seccion lo mas notable que encontramos, es la fábrica de diamantes de que se ha hablado especialmente en este periódico.

La parte alemana no está menos cuajada de edificios que las de las demás naciones.

¡Cosa singular! La Prusia ha tenido la ocurrencia de elevar aquí un kiosco oriental, con las paredes revestidas de vistosos arabescos y coronado con una cúpula de cobre do-

rado. Debe ser sin duda una construcción hecha en Berlin con destino al imperio otomano.

En el pabellon de Wurtemberg hay una máquina que hace pasta de madera para la fabricación del papel. El inconveniente está en que el papel que se fabrica con esta pasta es ordinario.

En Austria, además de la gran cervecería, la panadería y la tienda de vinos, hay una gran exposición de maderas sacadas de los bosques del Estado, y dispuestas con arte, y una magnífica colección de adornos de jardín debida á un fabricante de tejas y ladrillos. Hay bonitos grupos, con muchos jarrones, cariátides, balaustradas, leones, esfinjes y otros ornatos.

Próximo á este punto se encuentra el pabellon de España, cuyo dibujo publicamos hace ya meses.

El kiosko portugués que está á su lado, con su cúpula y sus encajes moriscos imitando la piedra, atrae la atención del visitante, y forma un buen contraste con la severidad arquitectónica de la casa española. Dentro no hay otros productos que los de las colonias portuguesas.

La casita rústica de la Noruega está llena de objetos curiosos. Entre las producciones de la Escandinavia, descuellan los instrumentos de pesca, los frascos de aceite de abeto, los muebles de mimbre, las cortinas donde están representadas las principales poblaciones de Noruega, y una interesante colección de trajes nacionales.

Aquí tocamos á uno de los edificios del parque mas digno de ser visitado, y es la copia exacta de la casa que habitó Gustavo Wasa, que se conserva religiosamente en Suecia. Los tejados están cubiertos de musgo, lo que les da una apariencia extraña; el exterior se halla revestido de placas de madera, y las paredes interiores guarnecidas de corteza de álamo.

En una de las salas hay el modelo de una escuela sueca, y en el cuarto principal se ven expuestos diferentes productos del país.

Siguen unas cabañas de aldeanos rusos (isbahs) fabricadas en San Petersburgo: la estopa y la madera son los únicos materiales en ellas empleadas.

Todo aquí tiene un carácter particular. El mueblaje es sumamente sencillo, y el único adorno consiste en algunas toscas estampas.

Las caballerizas rusas constituyen un importante edificio, todo de madera, y traído á piezas de San Petersburgo, donde se han admirado hasta ahora varios de los mejores caballos del emperador de Rusia.

Despues de los edificios rusos, yendo hácia la parte oriental del parque de que hablamos en nuestra última revista, encontramos las Catacumbas de Roma, que aunque en reducidísimas proporciones, dan una idea bastante exacta de los inmensos subterráneos que se extienden debajo de la Ciudad Eterna. Aquí se ven las calles donde encerraban los huesos de los mártires, y están indicadas las salas donde los primeros cristianos celebraban el servicio divino. Las pinturas son idénticas á las que se han hallado en el cementerio de San Calisto.

Nada diremos de la parte militar del parque en atención á que, excepto los cañones de descomunal calibre que se hallan expuestos por todos lados y en todos los países, lo demás, por punto general, no tiene el privilegio de atraer sino á los hombres del arte.

Sin embargo, un pabellon de hospital de sangre llama bastante la atención, y este pertenece á los Estados Unidos. El doctor Thomas W. Evans ha reunido en él todo lo que necesita un hospital ambulante en tiempo de guerra, hasta las provisiones de boca para los enfermos, los marinos, etc. Entre estas provisiones hay huevos desecados, que solo con mojarlos en el agua, vuelven, segun parece, á recobrar sus primitivas cualidades. Tambien hay tablillas de carne condensada.

El wagon hospital, que ha servido en la última guerra, es notabilísimo. Cada wagon de estos puede contener hasta treinta heridos, y todo lo que hay en él es tan curioso como nuevo. Para que nada falte, hay hasta una biblioteca que contiene libros de historia, de ciencia y literatura.

En este paseo á vuelo de pájaro por el parque de la Exposición universal, hemos indicado aquellas curiosidades que tienen siempre en su derredor mayor número de espectadores; pero nada hemos dicho de las diversiones populares que ejercen tan poderoso influjo en toda la muchedumbre provinciana. ¡Qué de conciertos, panoramas, pantomimas y juegos de destreza; qué de fondas y cafés de todas categorías, para todas las clases! Por supuesto que lo que mas llama la atención es lo que parece mas extraordinario. Y sin embargo, si conociera la gente el secreto de esos supuestos prodigios, veria que poco cuestan al que los hace. Por ejemplo, el hombre que traga un sable parece un ser extraordinario; hagámonos cargo de lo que dice sobre este punto el periódico la *Situación*, que asegura que todo el mundo puede tragarse un sable, con un poco de práctica.

Sabido es que todo médico, cuando lo juzga oportuno, introduce en la garganta del enfermo una sonda de un largo respetable.

Ahora bien, el citado periódico nos dice:

—Tragad sondas durante algun tiempo, y os será fácil tragar un florete, luego una espada de combate, y luego un sable. La dificultad no consiste en introducir el arma, pues á esto se acostumbra uno, sino en saberse detener en el estómago en el punto conveniente, porque en otro caso se pueden perforar los órganos importantes.

Ahora bien, el hombre que traga sables construye el ar-

ma justa al largo conveniente, y así es que aun cuando quisiera, no podria llegar á las membranas del estómago.

Actualmente hay en Paris un industrial que deja muy atrás á los que engullen sables, y es un hombre que ha encontrado el modo de tragarse un farol, y de iluminar su cuerpo á *giorno*.

La idea de esta experiencia emana de un médico que ha presentado el sistema al último congreso medical.

Este farol, que reemplaza el sable, se introduce por medio de un alambre. Claro es que no se trata aquí de un farol de puerta cochera, sino de un pequeño tubo eléctrico cuya platina se ilumina cuando pasa una corriente.

El operador introduce en su estómago este tubo; pone la sonda que le lleva en comunicación con el alambre eléctrico, é inmediatamente el farolillo se ilumina.

El fuego se encuentra pues en medio del estómago.

No se vaya á creer sin embargo que un hombre con levita y paletó pueda aparecer luminoso al comun de los mártires con esa luz eléctrica dentro del cuerpo. Nada de eso; es preciso que el individuo se desnude completamente, y entonces mirando á la piel del hombre iluminado, se le ve brillar como una luciérnaga en la proximidad del epigastro.

El inventor ha imaginado el instrumento para que se pueda ver bien lo que pasa dentro de la casa humana.

Antes que los médicos, los caballeros de industria se han dado siempre en Paris, aunque con muy distinto objeto, á la invención y práctica de estas cosas notables.

Por ejemplo, sabido es que abundan en esta capital algunos de ellos que andan elegantemente vestidos, y llevan anteojos de un número muy bajo para parecer miopes. Se presentan estos señores en una tienda de diamantes y de perlas finas, y piden estos géneros, que generalmente se guardan en un papel. Como el «traga-perlas» es juzgado miope, examina el papel muy de cerca, tan de cerca, que procura coger con la lengua cierta cantidad de perlas ó de diamantes, que conserva disimuladamente en la boca.

Los industriales que realizan tan bellos negocios, son sorprendidos rara vez, pues cuando temen ser detenidos, no dudan en tragar las piedras preciosas que tengan en la boca.

Un comerciante, que ya habia sido robado por este medio, vió entrar en su tienda dias pasados á otro individuo que pidió las consabidas perlas; pero como tenia todas las trazas de un caballero de industria, le respondió el comerciante que volviese al día siguiente, pues no podia servirle en el momento.

El comerciante previno á la policía é impregnó las perlas de una sustancia excesivamente amarga.

El «traga-perlas» fué exacto y acudió al día siguiente. En el momento propicio dió su «lengueta», y se llevó las perlas que deseaba, mas sintió al punto un amargor tan insoportable, que le fué preciso arrojar al suelo los objetos que habia tomado. El agente de policía apareció entonces, y cogido el ladron en flagrante delito, fué conducido á la comisaría.

Las mismas crónicas judiciales que nos hablan de estos aprovechados elegantes, nos cuentan esta semana toda la odisea de una señorita Salix, que durante mas de treinta años ha soportado con un verdadero heroísmo las privaciones, y hasta la miseria, para sostener y hacer triunfar sus derechos, que injustamente la contestaban.

Todo el que frecuenta el Palacio de Justicia de Paris, así como distintos tribunales de provincia, ha podido conocer á la señorita Salix, una mujer baja de estatura, enjuta y vivaracha, miserablemente vestida y que siempre llevaba debajo del brazo una porción de papeles atados con una cuerda; parecia que su domicilio era el Palacio de Justicia, donde desde tiempo inmemorial se la veia recorriendo á pasos precipitados el gran salon que llaman de Pasos perdidos, comunicando documentos y nuevas noticias á sus abogados y procuradores.

La señorita Salix ha necesitado verdaderamente una energía sobrenatural para luchar como ha luchado tanto tiempo y con tanta constancia contra adversarios poderosos y temibles por mas de un concepto.

¿Cómo y por qué medios esta pobre mujer que muy á menudo ha vivido de prestado, pudo sobrellevar el peso de pleitos tan largos y costosos? Esto es lo que se ignora; pero lo cierto es que nunca la han faltado abogados ni procuradores, habiendo muchos de ellos que aplazaron el cobro de sus honorarios para el día en que definitivamente se fallase el pleito.

Lo mas notable y lo mas honroso tambien para esta señorita, es que habiéndosela ofrecido repetidas veces transacciones que debian poner un término á tan mala vida, haciéndola entrar en posesion de cantidades considerables, rechazó impertérrita todas cuantas proposiciones le dirigieron, y entre ellas una de hace diez años, mediante la cual la habrian entregado sobre la marcha una suma de 800,000 francos.

—No, decia la señorita Salix, esa cantidad es muy inferior á lo que se me debe y no puedo aceptarla.

Las últimas decisiones de los tribunales de Paris han debido hacer comprender á los adversarios de la señorita Salix que era hora de poner fin á esos interminables pleitos sostenidos contra un derecho incontestable.

Con efecto, los ricos y poderosos adversarios han tenido que humillarse ante la pobre señorita Salix, pues en los últimos dias del mes de setiembre no tuvieron mas remedio que entregar las propiedades disputadas hacia treinta años y cuyo valor pasa de millon y medio de francos.

Además habia que orillar una cuenta de frutos percibidos

sin derecho, por lo cual han ofrecido á la señorita Salix la cantidad de 345,000 francos; pero ella no ha tomado en consideracion el ofrecimiento, diciendo como la otra vez que es muchísimo mas lo que la deben.

Hé aquí pues que despues de haber ganado, la señorita Salix no ha concluido todavía con los pleitos; sin duda alguna la habria sido demasiado penoso renunciar á esas luchas judiciales que han sido la odisea de su vida y abandonar el Palacio de Justicia que habia venido á ser para ella como una patria. Así pues, los litigantes volverán á ver á la señorita Salix, no ya pobre y miserablemente vestida, sino rodeada con el lujo propio de una persona que disfruta de 100,000 francos de renta.

Como anunciamos á nuestros lectores en nuestra última revista, ha tenido lugar en la Grande Opera la primera representacion de la *Novia de Corinto*, ópera en un acto, libretto de M. Camilo de Locle, música de M. J. Duprato.

El argumento es una balada.

El pescador Polus tiene dos hijas que se parecen como dos gemelas, Dafne y Cloris.

Lisis, prometido esposo de la primera, vuelve á Corinto despues de una larga ausencia, durante la cual ha fallecido Dafne, y Cloris intenta aprovechar su semejanza para engañar al amante desconsolado.

Mas hé aquí que la difunta, que desde el fondo del sepulcro ve la estratagema, se aparece á su novio y le exige el juramento de que antes morirá que hacer traicion á su memoria.

Cloris se descubre, diciendo que aquel ardid de que se ha valido le ha sido inspirado por el amor; Lisis está á punto de sucumbir, cuando un coro de voces ocultas le recuerda su juramento, y entonces sus ojos se cierran y va á reunirse con su prometida esposa.

M. Duprato ha escrito sobre este argumento una música dramática de una entonacion melancólica muy sostenida; pero en cambio pobre sobremanera de melodías. Es siempre el mismo sistema de los compositores franceses que se alejan cada dia mas de la escuela italiana. Diríase que esta invencion de la música dramática es debida á la indigencia de la inspiracion: solo tiene disculpa en este caso.

En la misma noche se dió un baile no ejecutado hace mucho tiempo, el *Corsario*, música de Adolfo Adam, con el gran lujo de aparato escénico que se usa en la Grande Opera. Nada mas bello que el cuadro del naufragio. Las bailarinas Granzow y Fioretti recibieron frecuentes y merecidos aplausos.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

EL AMOR.

COMPOSICION DEDICADA AL POETA SEÑOR DON VICENTE ARENAS.

El amor es un ángel: una de sus alas toca al cielo, y otra á la tierra.

ANGELA GRASSI.

El amor es una de las mas penosas tribulaciones de nuestra peregrinacion terrestre.

ARLINCOURT.

Existe una palabra dulcísima y soñada
Que á todos los humanos conmueve el corazon,
Palabra halagadora, fantasma perseguido
Que apenas nace, muere; y á quien se llama amor.

Apenas en el hombre la edad de la inocencia
Se cambia en los dinteles que habita la razon,
Mil sueños de ventura; quimeras engañosas
Le muestran horizontes de límpido color.

Las flores de la dicha que brotan en el alma
Y á quienes fecundiza de la esperanza el sol,
Fragantes, delicadas, despliegan su hermosura
Medidas por el aura de un sueño engañador.

¡Ay, pobres flores bellas! ¡Apenas han alzado
Sus cálices tan puros que colma la pasion,
El aura que las mece se cambia en tempestades
Que secan de sus hojas la sávia y el verdor!

Ensueño pasajero cual nube de verano
Y aurora de esplendores que cambia el aquilon,

En noche de tinieblas y en lágrimas ardientes
Que mana poco á poco la fuente del dolor.

Fantasma de ventura que tiene en lontananza
Terribles desengaños; la palpitante voz,
Que dice al alma tierna: — Despierta, que has soñado;
¡Las dichas de este mundo, falaz mentira son!

Amor es un arcángel á quien de lodo cubren
Las alas peregrinas de espléndido color,
Y el cual al fin arroja su manto de impureza
Y al cielo se remonta buscando su mansion.

Amor es el suspiro del niño á quien arrullan
Los sueños sonrosados; que puro, encantador,
No tiene un solo pliegue que surque su alba frente,
Ni un pensamiento horrible que turbe su razon.

Amor en esta vida se acoge al seno blando
De madre cariñosa, á quien ha dado Dios
El sentimiento noble que arrastra al sacrificio
De dar la vida en aras de su ferviente amor.

Es el recuerdo dulce de la ventura inmensa
Que al alma sin mancilla la Santa Religion,
Promete en otro mundo, desconocido, eterno,
Que allá tras el espacio domina al mismo sol.

De amor las ponderadas delicias solo duran
Tan solo unos instantes y reina su amargor,
Quizá toda la vida, si viene el desencanto
A marchitar las flores del jóven corazon.

Primero es como el aura suave, halagadora
Que vuela en las florestas con eco gemidor,
Y luego recio viento que anuncia tempestades
Con fuerza prepotente, con desacorde son.

ANTONIO DE SAN MARTIN.

Los Arboles.

El papel de los árboles sobre la superficie de la tierra comenzó antes de que apareciese el hombre; pues su primera funcion fué la de hacer habitable nuestro planeta y prepararle para recibir á su dueño.

Cuando este apareció, aquellos habian ya roto la costra de la tierra con sus poderosas raices, y dado sus detritus á los elementos desagregados, con lo cual se formó la tierra vegetal: ellos habian despojado á la atmósfera de la enorme cantidad de ácido carbónico que contenia y la habian transformado en aire respirable.

Sucedidos todos estos fenómenos, cria Dios al hombre en el sexto dia; y desde que este vive los árboles tienen que llenar una doble mision distinta de la anterior: en primer lugar detienen las aguas obligándolas á internarse en la tierra en pequeñas y constantes cantidades que alimentan los rios, los manantiales y las fuentes, evitando así las lluvias torrenciales que tales estragos causan; y en segundo purifican la atmósfera.

La accion de los bosques sobre el régimen de las aguas está fuera de toda duda: la presencia de estos en ciertas condiciones conserva los manantiales, regulariza los cursos de agua, impide la formacion de torrentes y por consiguiente las inundaciones; y en el caso de que estas sucedan aminora sus estragos: y como complemento de todas estas causas contribuye á la resolucion del problema agrícola.

En efecto, el agricultor necesita que para el buen cultivo la tierra tenga siempre cierto grado de humedad: por consiguiente el problema que necesita resolver la agricultura es el siguiente:

«Conseguir que en una comarca dada caiga la mayor cantidad posible de agua, y que esta no corra por la superficie, sino que sea absorbida por el terreno para que filtrándose á través de las capas, ya mantenga húmedas las tierras inferiores, ya dé origen á manantiales para regarlas:» ó en otros términos, «hacer que el agua que llueve en 25, 30 ó 40 dias en todo el año tarde en llegar al mar 365 dias.»

Este problema solamente puede ser resuelto por el arbolado: veamos cómo.

Todos hemos observado cuando penetramos en una habitacion llevando en la mano un vaso ó botella llenos de agua fria, se llena de gotitas de agua por su parte exterior; esto mismo sucede en las vidrieras de nuestras habitaciones en las noches de invierno; como hace mas frio en la parte de la calle, el agua contenida en el aire que hay dentro de la habitacion se deposita sobre los vidrios.

Pues bien, esto mismo es lo que sucede con los árbo-

les: las hojas están mas frias que la atmósfera y por consiguiente se deposita constantemente sobre ellas una cantidad de agua que escurriendo de una manera invisible por el tronco se empapa en la tierra: hé aquí el efecto principal, el directo; pero además los árboles contribuyen indirectamente á aumentar este caudal de aguas de mil modos: así cuando llueve en las montañas que están cubiertas de árboles, el agua es detenida por los vegetales, es absorbida en gran parte por la tierra, y la que no puede correr por sus cauces ya naturales, á incorporarse á los rios; pero cuando por el contrario, las montañas están peladas, en primer lugar cuando llueve, el agua no tiene quien la detenga y corre á manera de torrente, arrastra la capa laborable de las laderas de las montañas, y entrando en la llanura no por cauces dados sino por todas partes, todo lo asola, todo lo destruye; y en segundo lugar cuando no llueve la superficie de la montaña siempre caliente rechaza las nubes en vez de atraerlas.

Hé aquí pues la causa principal que exige la presencia de los árboles en los países agrícolas: la necesidad de que «las tierras tengan la humedad necesaria para el cultivo á la par que estén libres de las inundaciones.»

La existencia de los bosques es una necesidad general, y es tan interesante para la agricultura como el tener carreteras y caminos vecinales. Leyes particulares para cada comarca debieran determinar los terrenos que como objeto de utilidad pública habrian de ser bosques; así se hacia en la antigüedad y así se hace ahora en las naciones que se creen agrícolas.

Pudiéramos citar las prácticas alemanas que causaban envidia á Colbert, el célebre ministro de Luis XIV; pero como pudiera decirse que esto pertenecia al antiguo régimen, en que se mantenian los bosques por razones señoriales, vamos á buscar en la época actual y en el nuevo régimen, naciones que hayan reconocido la necesidad de la existencia de ciertos bosques como objeto de utilidad pública: citaré tan solo los documentos siguientes:

En 23 de agosto de 1790 la Asamblea nacional francesa publica una ley cuyo preámbulo es el siguiente: «La Asamblea nacional, oidas las relaciones de los comités de Marina, de Hacienda, de Ventas de Bienes nacionales, de Comercio y de Agricultura, considerando que la conservacion de los montes es uno de los objetos mas importantes y esenciales para la necesidad del reino, y que solamente la nacion con un nuevo régimen, y con una administracion sábia y previsera puede ocuparse de la conservacion, mejora y repoblacion de los bosques, etc.»

Los Estados Unidos norte-americanos, ese pueblo tan refractario á la intervencion gubernamental, ha recurrido á ella para este asunto. En 1837, alarmados varios Estados por las consecuencias que iba trayendo consigo la roturacion y destruccion de los bosques, se reunieron espontáneamente y nombraron una comision que estudiase el asunto. Hé aquí el dictámen escrito por Emerson, representante del Estado de Massachussets, que aprobado, fué remitido al gobierno supremo.

«Los bosques, considerados en conjunto, no pueden ser explotados de un modo conveniente para el pais por individuos que obran aisladamente sin lazo alguno que los una, sin regla alguna ni principio comun. La conservacion y mejora de los bosques no puede realizarse sino con un sistema sabiamente combinado en toda la extension del territorio, «que sea respetado y seguido de generacion en generacion.»

Un gobierno que no viva para el dia sino que con la vista fija en el porvenir quiera trabajar para las generaciones futuras, dará pruebas de sabiduria, de prudencia y de patriotismo, formando una estadística de nuestros bosques, cuyo objeto sea dar á conocer al pueblo su riqueza forestal y dictarle las reglas para explotarla con provecho de todos y sin perjuicio de nadie.»

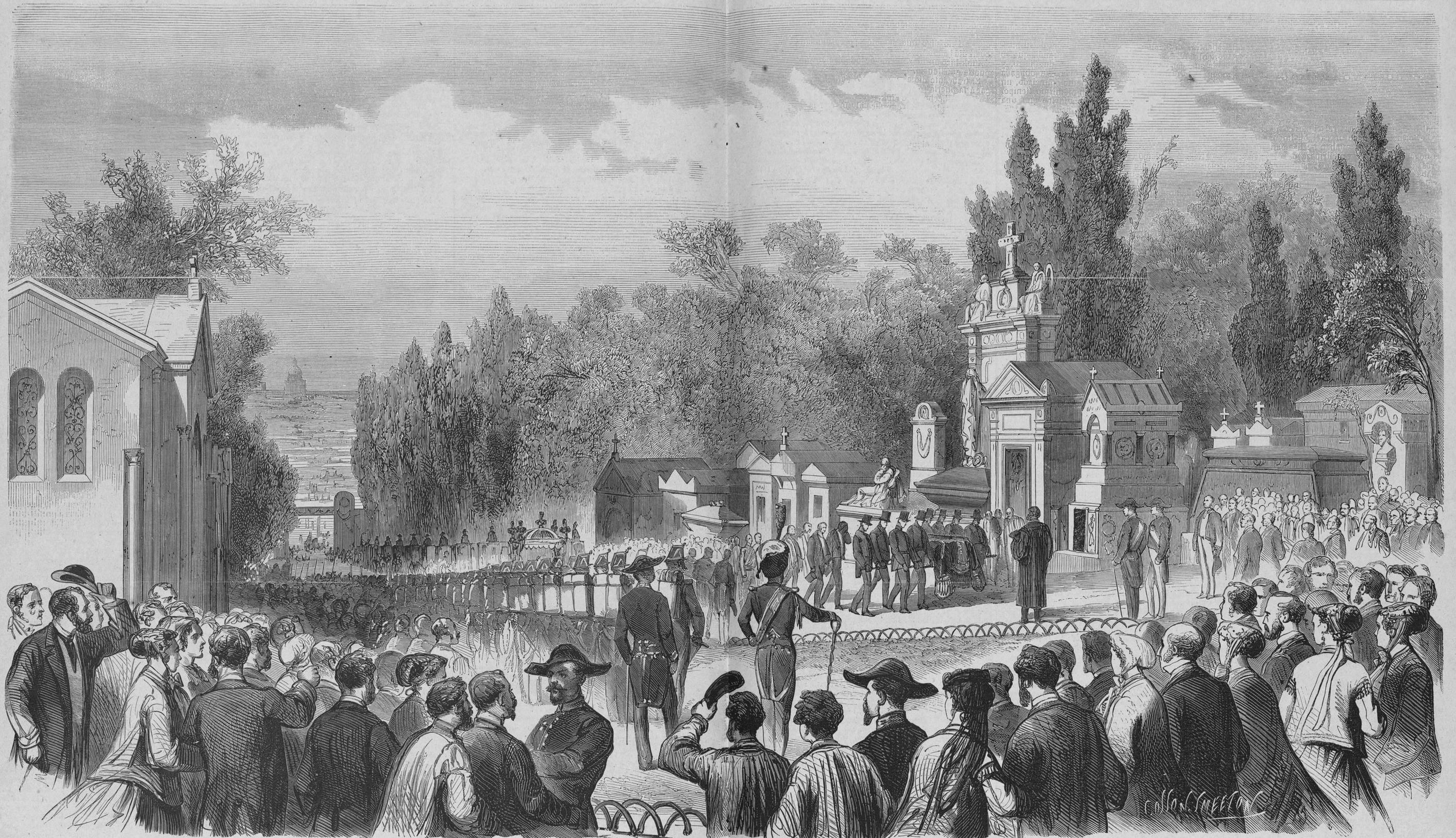
Estos documentos y otros muchos que pudiéramos citar nos dan á conocer que todos los pueblos agrícolas reconocen la necesidad de que el Estado marque los bosques que deben conservarse ó repoblarse para aliviar esas largas y penosas sequías que padece nuestra agricultura, seguidas de esas terribles inundaciones que arruinan para muchos años á comarcas enteras.

Pero si dejando á un lado esa necesidad descendemos al papel de cultivadores y preguntamos si el cultivo de los árboles es lucrativo, la generalidad de los agricultores españoles contesta que no. En Castilla no solo corren treinta ó cuarenta leguas sin ver un árbol, sino que apenas nace uno, aun cuando sea en propiedad ajena se le troncha.

En Cataluña no se lleva la cosa tan allá, y en ciertas comarcas se transige con el olivo, el algarrobo, el almendro, el naranjo y otros frutales, con el alcornoque y el castaño, y en algunos puntos formando rotacion con la vid se plantan pinos: pero fuera de estos casos que ocupan una parte muy pequeña del territorio catalán, no hay aficion á los árboles, y sin embargo el arbolado, la vid, y los pastos son los que han de salvar á la agricultura catalana.

Verdad es que no en todas partes el clima permite el cultivo de los árboles, antes citados; pero en cambio no hay terreno alguno en donde no puedan cultivarse árboles para madera, y su producto en las tierras flojas es mucho mayor que el que se obtiene destinándolos á cereales, ó bien á viñas, si el clima y la situacion geográfica no es buena para este objeto.

L. E.



Exequias de M. A. Fould, ex-ministro, miembro del Consejo privado y senador. — Transporte del cuerpo al sepulcro de familia en el cementerio del Père-Lachaise.

Las exequias de M. Fould.

Uno de los individuos del Consejo privado del imperio, M. Aquiles Fould, ha muerto de repente en Tarbes, en donde estaba en uso de licencia. Jefe de la poderosa casa de banca israelita, la mas poderosa despues de la de Rothschild, deja una fortuna inmensa que, segun se dice, se acerca á cien millones de francos. Cuando vino la revolucion de 1848, se vió momentáneamente desalentado por la gravísima depreciacion de todos los va-

lores y por las enormes dificultades del Tesoro. Bajo esta impresion llegó á hablar de bancarrota á la Asamblea constituyente, y esta idea por punto general rechazada, le habia sido echada muchas veces en cara desde entonces. No tardó en echarse en brazos del partido del Eliseo, y obtuvo el favor del príncipe presidente de la República. Poco despues M. Fould fué nombrado ministro de Hacienda. Durante el imperio ha ocupado varias veces este mismo cargo, y á él fué dirigida en 1860 la carta imperial que inauguró el libre-cambio. Por su parte M. Fould quiso merecer y obtuvo la confianza de la Bol-

sa; atacó con este objeto la multiplicidad de los créditos supletorios, y tambien la expedicion de Méjico; pero no pudo evitar el desbordamiento de los gastos, y tuvo el disgusto de ver que el presupuesto ascendia á 2,400 millones de francos. Acabó por sobreponérsele M. Rouher, que reúne hoy las dos carteras de Estado y Hacienda. El lunes 14 de octubre á las once de la mañana tuvieron efecto con extraordinaria pompa los funerales de M. Aquiles Fould. El ex-ministro pertenecia al culto protestante y la ceremonia religiosa se verificó en el templo protestante del Oratorio, calle de Saint-Honoré.

Todo el templo estaba tendido de negro desde el suelo hasta el arranque de la bóveda. En medio del hemiciclo del coro, bajo un rico dosel sembrado de armiño, se elevaba el catafalco, coronado con las cuatro estatuas de plata de las virtudes cristianas. Tambien el pórtico tenia colgaduras negras, y por todas partes se veía la cifra del difunto con su escudo de armas como miembro del Senado. El mundo oficial tenia muchos representantes. En el coro y en la nave se hallaban los ministros, los mariscales, los embajadores, los senadores, los miembros del

Cuerpo legislativo, del Consejo de Estado, del Tribunal de cuentas, del Tribunal de casacion, las dos prefecturas, los estados-mayores, los tribunales y los principales empleados de los distintos ministerios. El emperador se hallaba representado por el general Rolin, ayudante general del palacio, la emperatriz por el duque Tascher de la Pagerie, y el príncipe Napoleon por su edecan el coronel Perri-Pisani. Durante el servicio, que fué celebrado por el pastor M. Rognon, se hicieron salvas de artilleria en el puerto de San Nicolás del Louvre. Llevaban el duelo los hijos del difunto y varios miem-

bros de la familia. Quince coches de luto seguian al carro, que arrastraban seis caballos ricamente enjaezados. Las muchas fuerzas militares que acompañaban al cortejo fúnebre, le daban un aspecto de los mas imponentes. Nuestra lámina representa el momento supremo en que llevan al sepulcro de familia el cuerpo del ex-ministro. Sobre la tumba abierta aun, M. Baroche, en un sentido discurso, fué enumerando los recuerdos que han hecho de M. Fould uno de los ministros mas influyentes del segundo imperio. E. V.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

Y sin embargo, estas antiguas relaciones comerciales, miradas exteriormente, tenían un carácter imponente y majestuoso, y lo que es mas, estaban hechas para inspirar á los negociantes una gran firmeza de carácter y una poderosa confianza en sí mismos; porque entonces el mar estaba mas lejos, las relaciones eran menos frecuentes y de mayor consideracion, por lo que era necesario que el golpe de vista del comerciante se extendiera á mayor distancia y que sus especulaciones fuesen mas independientes.

La importancia de una casa de comercio se fundaba entonces en la masa de mercancías que compraba con su propio peculio y en lo arriesgado y peligroso de sus empresas. En los depósitos á orillas del rio, se almacenaban la mayor parte de las mercancías extranjeras; una pequeña parte en los sótanos y en las bodegas de la misma casa; muchas provisiones en los almacenes y cobertizos de la vecindad.

Los mercaderes de la provincia sacaban de los almacenes de la casa de comercio los frutos coloniales y mil producciones extranjeras, que son hoy para nosotros la necesidad de cada dia.

Los agentes de la casa tambien eran enviados mas allá de los límites del pais, al Sur y al Este, hasta la frontera de Turquía, y este ramo de comercio, tal vez menos regular y mas expuesto, se tenia entonces por el productivo.

Así es que el movimiento diario, rico en impresiones diversas, ponía al joven dependiente en constante relacion con los hombres y con los negocios de mas distinta naturaleza.

Independientemente de los agentes de las plazas marítimas que presentaban casi todos los dias nuevas muestras, y sin contar los corredores de bolsa que ofrecían y vendían las extracciones de géneros, el primer escritorio, desde la mañana á la noche, era frecuentado por una verdadera procesion de toda clase de agentes.

Allí acudían los mercaderes de drogas de la provincia vestidos y engalanados de una manera patriarcal, usando todos, tonos y maneras distintas, que compraban, daban apretones de manos, y solicitaban ser tratados como amigos de la casa; se veían igualmente allí propietarios y granjeros que proponían la compra de granos, de sustancias colorantes, de especias; tambien iban allí judíos polacos con los cabellos rizados, vistiendo largos *caftanes* de seda; algunas veces hacían compras, pero con mas frecuencia procuraban colocar los productos de su país, como son lanas, cáñamos, potasa y sebo.

Los negocios con estos traficantes se apartaban de las costumbres ordinarias del comercio. Tambien su presencia provocaba siempre cierta hilaridad entre los dependientes mas jóvenes de la casa.

En medio de todo esto sobrevenían pretendientes, mendigos de toda especie, corresponsales de la casa, carromateros que pedían las cartas de envio, cargadores y mozos á quienes se daban órdenes y comisiones, ó que ejecutaban las que habían recibido.

Aquello era un continuo ir y venir, una baraundería de preguntas y respuestas; así es que nuestro pobre Antonio pasaba apuros para reunir sus ideas y para desempeñar la sencilla tarea que se le había encomendado.

Acababa de entrar en el despacho un M. Braun, agente de un corresponsal de Hamburgo, que sacó del bolsillo y expuso varias muestras de café.

Mientras el jefe de la casa las examinaba, el pequeño agente gesticulaba y hacia el molinete con su baston con puño de oro al rededor de Antonio, y hablaba de una espantosa tempestad y de las desgracias que había ocasionado. En esto rechinó el gozne de la puerta y entró una pobre mujer muy mal vestida.

M. Spech se levantó y preguntó:

— ¿Qué quereis?

Se oyeron algunos sonidos ahogados, iguales á los quejidos de un polluelo enfermo. El negociante echó mano al bolsillo, y los lamentos se cambiaron en cacareos de gozo.

— Oías altas como casas, exclamaba el agente.

— ¡Que Dios os lo recompense mil veces! dijo la pobre mujer.

— Total, quinientos cincuenta marcos, diez chelines, dijo M. Baumann.

Al mismo tiempo la puerta se abre con estrépito y entra un hombre muy alto, con un saco de dinero debajo del brazo. Con aire de triunfo deposita el saco sobre la mesa de mármol y exclama con la expresion de un hombre que hace una buena acción:

— Aquí estoy, y aquí está el dinero.

En seguida M. Jordan se levanta y dice en tono familiar.

— Buenos dias, señor Stephen: ¿cómo os va en Wolfsburg?

— ¡Ah! un miserable agujero, exclamó M. Braun.

— ¿Dónde estaba pues? preguntó Fink.

— La ciudad no es desagradable, pero hay poco movimiento, repuso M. Stephen.

— Naturalmente en el casco del buque, respondió M. Braun.

— Setenta y cinco sacos de Cuba, dijo el patron, contestando á la pregunta de un dependiente.

Mientras M. Stephen refería las novedades de su pueblo, entre otras la triste historia de un aprendiz que se había suicidado valiéndose de un canuto de hierro, y mientras Jordan escuchaba con paciencia esta obligada introduccion del negocio pomposamente anunciado, un judío de Brody y un criado entraron al mismo tiempo.

El criado entregó á M. Schröeter una invitacion á una comida y el judío se deslizó hácia el rincón donde estaba sentado Fink.

— ¿Qué venís á hacer todavía aquí, Schemie Tinkels? dijo friamente Fink. Ya sabeis bien que no haremos negocio con vos.

— ¿Nada? exclamó el desgraciado Tinkels en *patois* aleman tan abominable que Antonio pudo entenderlo con mucha dificultad; una lana como la que os traigo, no la hay todavía igual en todo el país.

— ¿A cuánto el quintal? preguntó Fink escribiendo, sin mirar al judío.

— Ya os lo he dicho, contestó Tinkels.

— Estais loco, dejadme en paz, retiraos.

— Sin piloto que pudiera salvarlo, dijo M. Braun.

— Ofreced mis respetos al señor consejero de comercio, dijo M. Schröeter.

— Puso fuego al cañon con un fósforo, exclamó M. Stephen levantando los ojos al cielo.

— ¡Ouid! repuso el hombre del *caftan*, eso está muy pronto dicho: dejadme en paz; pero de ese modo no se hacen negocios.

— Y bien, ¿cuánto quereis por vuestra lana?

— Cuarenta y uno y dos tercios, dijo Tinkels.

— Salid, respondió Fink.

— No digais siempre, *salid*, exclamó el judío desesperado; decid, ¿cuánto dais?

— Nada, puesto que vuestras demandas son exorbitantes, contestó Fink volviendo la hoja de una carta.

— Decidme pues, únicamente lo que dais, suplicó todavía el judío.

— Os lo diré si os poneis en la razon, respondió Fink mirándole fijamente.

— Pero si yo soy razonable, dijo el judío muy bajo; en fin, ¿cuánto dais?

— Treinta y nueve, contestó Fink.

Al oír esto Schemie Tinkels no pudo dominarse por mas tiempo, echó atrás sus negros bucles, y juró por su gran Dios y por su felicidad futura que no podía vender á menos de cuarenta y uno.

Entonces Fink le hizo presente que si no terminaba aquella infernal algarabía, se vería obligado á ponerle de patitas en la calle.

El judío se retiró exasperado; pero apenas había salido cuando apareció de nuevo á la puerta su cabeza gritando:

— Y bien, ¿cuánto dais?

— Treinta y nueve, dijo Fink mirando el descompuesto rostro del vendedor con la misma indiferencia que un físico contempla las galvánicas convulsiones de una rana.

El número treinta y nueve causó en el judío una nueva explosion; volvió jurando que su alma bajara á lo mas profundo de los infiernos, y que fuese tenido por el mas miserable bribon si podía vender á menos de cuarenta y uno.

Cuando Fink vió que á pesar de sus reiteradas exhortaciones el judío no podía adoptar la decision de apaciguarse, llamó á un mozo del almacén.

La vista de este mozo produjo un efecto instantáneo; el judío se apaciguó y le dijo que podía muy bien retirarse, que saldria sin necesidad de que le acompañaran.

Se detuvo un momento y dijo suspirando:

— Veamos, cuarenta y medio.

El agente, el provinciano y todos los que estaban en el escritorio guardan silencio y escuchan todos esta singular transaccion, cuando al fin Fink, usando un tono de benevolencia inapreciable, invita al pobre diablo, que no sabe dónde se encuentra, á marcharse tranquilamente, porque es imposible tratar con un loco como él.

Al oír estas palabras el judío se encoleriza y sale.

M. Braun reanuda su relato.

— Esta tempestad ha sido una gran calamidad. El café subirá á luen seguro.

M. Stephen por su parte demuestra que los suicidios y otros crímenes han aumentado de un modo desconsolador desde la invencion de los fósforos.

Fink, dirigiéndose al patron que recorria con la vista una carta que acababa de recibir:

— Si añado medio escudo nos cederá el artículo. ¿Quereis que lo ajuste á treinta y nueve y medio?

— ¿Hay mucha cantidad? preguntó el negociante.

— Ciento veinte quintales, contesta Fink.

— Tomadlos, dijo Schröeter continuando la lectura.

La puerta se abrió de nuevo estrepitosamente. El barullo continúa, y Antonio se esfuerza en vano para comprender cómo se comprará la lana, cuando el vendedor ha renunciado á entrar en tratos de una manera tan resuelta.

Precisamente en el momento en que se oían tres ó cuatro voces que cuestionaban, hé ahí que la puerta se entreabre muy dulcemente, y Antonio vió á Tinkels deslizarse de puntillas hasta detrás del asiento de Fink y decirle, poniéndole la mano en el hombro, con tono á la vez lastimero y familiar.

— Vamos, decidme finalmente ¿cuánto dais?

Fink se volvió y dijo igualmente con fina y amigable sonrisa:

— Pues bien, puesto que sois vos, Tinkels, treinta y nueve y medio, pero con la condicion expresa, de que no direis ni una palabra mas, de lo contrario el trato es nulo.

— Yo no digo una palabra, ¡pero me habeis dicho cuarenta!

Fink hizo un movimiento de indignacion y le señaló la puerta en silencio.

El traficante dió algunos pasos para irse, pero al llegar á la puerta se volvió.

— Está hecho, dijo Fink.

El mercader vuelve y dice al fin con la mayor reserva:

— Pues bien, treinta y nueve y medio si estais enteramente decidido.

Despues de alguna vacilacion, Fink dijo negligentemente.

— Acepto.

— Una vez terminado el contrato se operó en Tinkels una completa metamorfosis, se hace el amable, el amigo de la casa y pregunta con interés por la salud del patron.

Despues de este divertido intermedio, la puerta se abrió todavía bastantes veces. Otros charlatanes y vendedores entraron y salieron, los hombres hablaban, las plumas chillaban y el oro corria sin cesar.

La casa de que Antonio formaba ahora parte, tenía tambien para él alguna cosa que le causaba extrañeza y le imponía.

Esta casa, antiguo edificio irregular, flanqueado por alas laterales, por patios pequeños y por la parte posterior del mismo, ofrecía la reunion mas curiosa de cercas, escaleras secretas, de pasajes interiores, corredores, nichos, armarios y galerías con cristales.

Era esta una construccion notable. Tenía el sello de otros tiempos, y los siglos la habían respetado para conservar aquel estilo indescriptible hasta los segundos sobrinos. Y sin embargo, esta casa considerada en su conjunto presentaba un aspecto grandioso, y encerraba en su recinto todo un mundo de hombres y de intereses distintos.

Toda la planta baja del edificio y sus dependencias se componía de sótanos elevados de techo, llenos de mercancías hasta la bóveda.

El piso bajo estaba enteramente destinado al escritorio y almacenes. Encima, en el cuerpo avanzado del edificio, estaban los salones y los aposentos habitados por el mismo negociante.

M. Schröeter había estado casado muy poco tiempo; el mismo año en que contrajo matrimonio perdió á su esposa y á su hijo, y despues de su muerte no le había quedado de toda su familia mas que una hermana.

M. Schröeter conservaba severamente los antiguos usos establecidos en la casa. Todos los empleados solteros vivían en ella y comían todos los dias á la hora fijada en la mesa del patron.

El dia siguiente de la entrada de Antonio, M. Schröeter no le había dirigido mas que algunas palabras, y en seguida le entregó á M. Jordan para que le pusiera al corriente de la correspondencia de los negocios de provincia. En este momento, pocos minutos antes de la hora de comer, Antonio fué llamado primero al cuarto para ser presentado á la señora de la casa.

Lleno de ansiedad, subió los tapizados escalones de la ancha escalera; un criado abrió y le condujo por una larga hilera de piezas á la sala de recepcion. Atravesando los aposentos, Antonio tuvo el placer de admirar la sólida brillantez de los adornos y del mueblaje, los grandes espejos adosados en la pared, las bellas sederías de los canapés y de los sillones, cuadros de valor, jardineiras exhalando agradables perfumes, vasos de mármol y copas de porcelana.

El criado levantó la cortina de terciopelo y Antonio hizo al atravesar el umbral una profunda reverencia. M. Schröeter le presentó á una joven señora pronunciando estas palabras:

— Mi hermana Sabina.

Sabina llevaba un elegante traje de verano: su fisonomía pálida y delicada estaba rodeada de una hermosa cabellera. Aun cuando parecia mucho mas joven que su hermano, tenía el aspecto y talante de una ama de casa.

Invitó á Antonio á que se sentara, y le preguntó con interés si lo había encontrado todo bien dispuesto en su cuarto y si le faltaba algo.

— Mi hermana nos cuida á todos, dijo el negociante dirigiéndole una mirada afectuosa. Es ella á quien debéis dirigirlos para todo lo que creais necesitar, ella es la buena hada que dispone de todo cuanto hay en casa.

Antonio levantó los ojos ante aquella buena hada y contestó timidamente:

— Yo lo he encontrado aquí todo mejor dispuesto que á lo que estaba acostumbrado en mi casa.

— Sin embargo, muy pronto os parecerá que no habeis cambiado de modo de vivir. Reina aquí una regularidad rigurosa y es necesario atender á mucho trabajo, siendo muy poca la distraccion. Yo estoy siempre muy ocupado, y aun despues de haberse cerrado el escritorio, disfruto muy pocos placeres; pero si en alguna ocasion teneis necesidad de auxilio y de consejos, os ruego que tengais la bondad de dirigiros á mí con preferencia.

Despues de esta corta audiencia, se levantó y condujo á Antonio al comedor.

Mientras se dirigían á él, le explicó la posicion de un

dependiente que debuta. Antonio encontró ya á sus compañeros en sus respectivos asientos aguardando la comida vestidos modestamente.

Sabina entró, y con ella una señora mayor, una parienta lejana de la familia, que ayudaba á Sabina en la dirección de la casa y que tenía el aire de una persona bondadosa.

Los empleados del escritorio saludaron á estas señoras, y Antonio fué colocado al extremo de una larga mesa entre los mas jóvenes de sus colegas. Frente á frente de él estaba sentada Sabina, teniendo á un lado á su hermano y al otro á su parienta que tenía por vecino á M. Fink. Seguían luego los demás según su rango y el tiempo que hacía que estaban en la casa.

La comida se pasó con mucha quietud; los vecinos de Antonio hablaron poco y en voz baja. La conversación la llevaba exclusivamente el patron. El caballero de la víspera era el único que obraba con toda libertad. Contaba historietas y sabía remedar perfectamente la voz y las maneras de otras personas; usaba con la buena parienta su vecina atenciones casi excesivas.

Antonio cuyo corazón rebosaba compasión y respeto, vió con una especie de horror santo que Fink trataba á todos los comensales como si absolutamente no se hubiese servido la comida mas que para él, y como si el negociante siguiera el comercio solo para que Fink, simple dependiente voluntario, pudiera permitirse toda clase de bromas y dirigir atrevidamente la palabra á todo el mundo. También le pareció observar que el patron mostraba á Fink cierta frialdad, y que este por su parte no manifestaba inquietarse por esta reserva del jefe de la casa.

El criado con frac negro servía con el mayor cuidado, y cuando los empleados en el escritorio se levantaron saludando y retirando las sillas, Antonio salió del comedor llevando consigo la convicción de que jamás había comido con tanta frialdad y de un modo tan solemne.

— Yo me acostumbraré á todos, menos á ese M. Fink, se dijo Antonio durante todo el día; es demasiado atrevido y orgulloso. El solo se ha quedado sentado cuando todos nos hemos levantado. Aquí no está en su lugar, decidió finalmente el recién venido con una sagacidad en la cual tenía mas parte el instinto que la experiencia.

Desde este día, Antonio miró á M. Fink con una especie de temor; pero no podía menos de reflexionar y de ocuparse mucho de él, porque las maneras de aquel caballero le imponían. Tenía bella cabeza, cara oval, rasgos finos, firme postura, y todo en sus movimientos y en sus palabras, denotaba viva imaginación y orgullo.

Antonio apenas se atrevía á dirigirle la palabra, y M. Fink no le daba tampoco ocasión para ello, porque parecía que ni siquiera se ocupaba de la presencia del nuevo dependiente. Una sola vez, cuando Antonio subía por la escalera de su habitación delante de Fink, este le dijo:

— Y bien, maestro Wohlfart ¿cómo os va en esta casa?

Antonio se detuvo y contestó como convenia á un honrado joven:

— Perfectamente. Yo veo y oigo aquí tantas cosas nuevas para mí, que me cuesta trabajo retenerlas en la memoria.

— Ya os habituareis á todo esto, dijo Fink riendo. Lo que se hace aquí un día, se hace todo el año, sin que nada influya para introducir el mas pequeño cambio. El domingo se sirve un plato mas que de ordinario, y al lado de cada cubierto se coloca un vaso de vino, y entonces obrareis cuerdamente poniendoos vuestro vestido... Ahora sois una rueda dentada de la máquina, y es preciso dar vueltas con escrupulosa regularidad durante todo el año.

— Ya sé que tendré que trabajar para ganar la confianza de M. Schröter, contestó Antonio, herido por las ideas de rebelión iniciadas por el joven caballero.

— Esta es una resolución muy edificante, dijo este con tono burlón; dentro de algunas semanas vereis, pobre joven, la enorme distancia que media entre el patron y los dependientes que llevan la correspondencia y despachan los negocios en el escritorio. No hay ningún príncipe en el mundo que viva tan orgulloso y solitario entre los vasallos que en sus dominios están sujetos á su soberanía, como este acaparador de café. Sin embargo, deseo que mis discursos no ofusquen vuestro entendimiento, añadió con un poco mas de benevolencia; todo el mundo os dirá aquí que no entiendo nada en punto á cálculo mercantil; pero como observo en vos disposición para llegar por vuestra parte á ser un joven distinguido, os daré todavía un consejo de amigo. Procuraos un maestro de inglés, remontad en seguida vuestro vuelo y procurad salir de esta casa lo mas pronto posible antes de enmoheceros en ella. Todo lo que aprendereis aquí no hará de vos un hombre capaz, aunque esteis en condicion de llegar á serlo. Buenas noches.

Al terminar, Fink volvió la espalda á Antonio, que se sintió muy contrariado por el tono soberbio que el caballero había usado con él.

Sin duda nuestro héroe sintió al cabo de algún tiempo, en medio de la marcha regular de los negocios, la monotonía constante de las horas y los días. Esto le cansaba algunas veces, pero no le hacia desgraciado: acostumbrado por sus padres al orden y al trabajo, estas cualidades le ayudaron en mas de una ocasión á hacer mas llevadera la uniformidad de su nueva existencia.

M. Jordan se dedicó seriamente á iniciar al novicio en

los secretos de su cargo, y en el instante en que Antonio entró por primera vez en el almacén de la casa y aprendió á conocer cien objetos diferentes y tantas curiosas fabricaciones, con todos sus términos técnicos, llegó á abrirse ante su impresionable imaginación un manantial de poesía, tan preciosa al menos como cualquier otro sentimiento poético producido por el encanto mágico que los objetos nuevos y extraños ejercen en la imaginación del hombre.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Los preparativos del invierno. — Diversidad en la moda. — Abundancia de novedades. — Las confecciones: sobretodos, rotondas y paletós. — La levita polaca. — Confecciones de paño blanco con galon negro. — Los vestidos de paño. — Enumeración de distintos trajes á la moda. — Los vestidos de dos faldas. — Un traje para reunión de familia. — Los vestidos de gasa de Chambéry. — Los trajes cortos. — Las modas de sombreros. — Sombreros de terciopelo malva y azul. — Descripción del figurín de este número, que representa dos trajes de suprema elegancia.

La moda prepara con extraordinaria prodigalidad los vestidos de invierno, y ya se observan formas muy diferentes en los trajes que hemos visto. Tanto es así, que no bastándonos nuestro figurín para dar á conocer esta vez las nuevas creaciones, damos en la página 300 de este mismo número un grabado con cuatro modelos de vestidos y confecciones á la última moda.

Se hacen muchos sobretodos ajustados, muchas rotondas y menos paletós, lo que no quiere decir que esta última prenda se halle abandonada, pues la moda ofrece curiosos cambios de un día á otro.

Dícese que este año habrá una nueva prenda, la levita polaca, pero tiempo tendremos de ocuparnos de ella, pues no aparecerá hasta que vengan los grandes frios.

Por el pronto, lo que se ejecuta son muchas confecciones de paño blanco con galon negro. Cada punta de la prenda (alto y bajo) está adornada con un motivo de hilo de oro y de seda bordado en relieve negro; el motivo representa una florecilla. Detrás de la prenda, y partiendo de la escotadura hay dos largas cintas cruzadas de la tela de la confección, guarnecidas de galon de oro, y que se ensanchan redondeándose al extremo. Una botonadura oro y negra cierra lo alto del vestido, así como el bajo de las mangas, cuyo borde está solo adornado con un galon negro.

Se hacen vestidos medio ajustados de paño-terciopelo violeta; cinco carteras poco abiertas, forman una punta triangular. El adorno se compone de una rica franja anudada, que coronan tres hileras de pequeños tubos de raso negro. Cada cartera recibe un motivo formado por tubos enlazados. El delantero de la prenda está guarnecido de grandes botones de raso liso. Las mangas llevan el mismo adorno.

Estos vestidos sirven para calle en los días húmedos y frios.

Hemos visto varios trajes á cual mas elegantes, y vamos á describir algunos de ellos.

El primero es de gró Bismark. La falda sesgada cae derecha sobre el delantero y forma larga cola, y á cada lado hay una cinta adornada de guipure. El cuerpo forma capa arzobispal, y se detiene corto por detrás con una faldeta aguda sobre los lados, que se prolonga sobre el delantero. Una alta y rica guipure fijada bajo un hermoso galon perlado, compone la guarnición. Las mangas, ajustadas, llevan un flotante de encaje puesto en la sisa y en la bocamanga.

Un traje de vestir, compuesto para una baronesa, es de tafetan negro sobre otra falda de raso verde, plegado con separación de lazos, de rica pasamanería. La falda negra forma una túnica cuadrada, levantada por detrás en un solo lazo de pasamanería que parte de la cintura. No lleva mas que un corselete muy bajo, abierto cuadrado sobre el cuerpo de raso verde. En la escotadura hay lazos de pasamanería, y las mangas, ajustadas, dejan pasar al exterior á lo largo de la costura unos *bouffants* de batista sostenidos por un lazo de pasamanería. Estas mangas son muy elegantes.

Un precioso traje de tafetan malva ha compuesto la misma modista para una señora de la alta aristocracia.

La falda tiene una larga cola, y un gran volante cortado al sesgo va fruncido en el contorno con una ruche de tafetan violeta. El bajo del volante está orlado con una doble ruche de tafetan violeta. Las mangas, pequeñas y abullonadas, están separadas por cintas violeta.

Los vestidos de dos faldas siguen en boga.

Casi siempre se hacen acompañados de un pequeño paletó. Hé aquí uno de estos vestidos á la orden del día, hecho de cachemira azul y popelina gris.

La primera falda está cortada en *foureaux* y es de popelina gris sobre una enagua de cachemira azul, toda plegada. El *foureaux* gris forma grandes festones orlados de un terciopelo cosido llano. El pequeño paletó, de popelina, está festoneado con un ribete de terciopelo azul.

Otro vestido, también de dos faldas, lleva la de debajo de tafetan cereza con pliegues planos; la otra, cortada también en *foureaux*, con medio cuerpo, es de terciopelo rojo oscuro. Esta ofrece algunos fruncidos detrás del talle.

Un gran cinturón con largas puntas de tafetan del color del terciopelo acompaña á este traje. Sobre el hombro lleva

un sesgo del mismo tafetan con una roseta en cada extremo.

En un estilo diferente citaremos un vestido de seda escocés, color de pensamiento, de dos tonos, con cuadros blancos. El bajo de la falda sesgada está ondeado y puesto sobre un borde de tafetan violeta.

También este traje, que es de señorita muy joven, lleva un cinturón de tafetan del mismo color y tirantes ondeados sobre un cuerpo blanco.

Hemos admirado también un lindísimo traje para reunión de familia. El vestido se compone de dos faldas, la de debajo, de popelina punzó sin adorno, y la segunda de linó blanco con grandes ondas. Estas ondas se hallan ribeteadas de tafetan punzó y las costuras guarnecidas con un ruló de la misma tela.

En toda la falda hay una botonadura encarnada.

Un pequeño paletó recortado á ondas, forma cuerpo con la falda de encima. A cada lado hay bolsillos con botones encarnados. Las bocamangas están guarnecidas de seda encarnada.

Entre los trajes que ya se disponen para cuando principien los bailes, citaremos los de gasa de Chambéry con anchas rayas satinadas, adornados con una disposición formada por un doble plegado de tafetan que se enlaza á cada lado de la falda subiéndolo. Esta falda tiene cola. El cuerpo es escotado y va adornado por el mismo estilo. La guarnición que pasa sobre el hombro sirve de pequeña manga corta, la cual se completa con un rico encaje que flota sobre el brazo.

Otro traje no menos elegante es de poulte de seda azul, con una falda de cola muy larga y adornada con un ruló de raso azul. Cada costura del vestido se encuentra guarnecida con un ruló de raso, acompañado por un solo lado con un enlace de ondas puntiagudas de raso azul.

El cuerpo de raso es alto y abotonado.

El cinturón va adornado á cada lado con un ruló de raso, con disposición ondeada aplicada subiéndolo hácia el cuerpo. La sisa va guarnecida con una doble hilera de ondas sobre el hombro y sobre el brazo.

Las bocamangas tienen un puno cerrado con tres rulós de raso, sobre los cuales hay un adorno ondeado.

La escotadura no lleva mas adorno que un ruló de raso.

También se hacen muchos trajes cortos, y entre ellos citaremos este modelo:

Es una falda de tafetan negro sobre otra verde; la negra está adornada de *piques* de pasamanería que rematan en borla, y puestas sobre traviesas en el bajo de la falda.

La falda de tafetan verde está enteramente orlada de una franja perlada coronada con un bonito galon calado. Esta falda se levanta muy alto á cada lado, disposición que forma por delante un pequeño delantal plegado, sostenido por dos carteras de tela terminadas en forma de triángulo, con tres hermosas borlas de seda retorcida mezclada de largos tubos de azabache. Estas carteras sostienen igualmente la parte de la falda que cae por detrás mas abajo que el delantal.

Completa el traje un pequeño paletó con un adorno adecuado al del vestido.

Digamos algo sobre las modas de sombreros.

Hemos visto sombreros de terciopelo malva que forman fanchon redondo, con pequeño bavolet. Un ramaje de terciopelo de mucho relieve, con filetes de plata, adorna el delantero, y este ramaje está montado sobre una varilla de plata.

El interior del sombrero es *mousseux*. Las cintas de atar están formadas por la continuación de la tela al sesgo del pequeño bavolet y se ensanchan hácia abajo, donde hay una borla blanca.

Otra creación no menos graciosa es de terciopelo azul claro con ala, pequeño bavolet y adorno de blonda blanca, puesto sobre el lado. Este adorno se sostiene con un cordoncillo de seda azul, que ondea pasando sobre el bavolet par encontrarse, con las plumas que hay al otro lado del sombrero.

El interior está ligeramente adornado de tul ilusión y un broche de perlas finas que fija los pliegues de una banda.

Las cintas de atar son de tafetan azul.

Hé aquí ahora para concluir esta revista, la descripción de nuestro figurín, que representa dos trajes de suprema elegancia.

La primera figura lleva un vestido de muselina blanca sobre una falda de tafetan color de rosa guarnecida con una doble ruche de tafetan recortado. El vestido de muselina está ondeado al borde, forma cola sobre la falda rosa y queda mas corto por delante. El cuerpo, escotado, es de faldetas redondeadas y sin pliegues en el talle; la faldeta de detrás cae muy abajo y los contornos de cada faldeta están guarnecidos con un pequeño rizado de tafetan formando lazo por detrás y pequeñas puntas reunidas á la faldeta del delantero. La misma guarnición sigue el contorno del cuerpo escotado, cuyas mangas cortas se componen de un pequeño abullonado coronado con la ruche rosa. En la cabeza adorno de flores color de rosa. Guante blanco.

El segundo traje es de seda gris claro, con falda de cola, cuerpo medio alto, abierto casi hasta la cintura, mangas de gasa del mismo color formando seis bullones sujetos de distancia en distancia por un hermoso galon de seda, boton de oro, que forma guarnición encima del hombro y borde del corpiño. Cada costura de la falda (enteramente aplastada por arriba) está adornada con el mismo galon ricamente labrado. La cintura es igual y se sujeta con un lazo. En la cabeza adorno de flores adecuadas al color del galon que lleva el vestido. Guante blanco.

M. P.

El accidente

EN SAN JUAN DE LUZ.

Hé aquí algunos pormenores auténticos sobre el accidente acaecido cerca de San Juan de Luz, en el cual corrieron tanto peligro la emperatriz Eugenia y el príncipe imperial.

La emperatriz se embarcó el día 3 á la una y media en el *Chamois* con el príncipe imperial para dar un paseo por mar. El señor Lavallette, ministro del Interior, y muchas personas de la servidumbre de Sus Majestades la acompañaban.

Cuando estuvieron á bordo los augustos viajeros, el *Chamois* dirigió el rumbo hacia Fuenterrabia, donde bajó á tierra el príncipe imperial y visitó la población.

El *Chamois* se dirigió en seguida al puerto de Socoa, donde ancló á las seis y media. Al desembarcar ocurrió un acontecimiento doloroso.

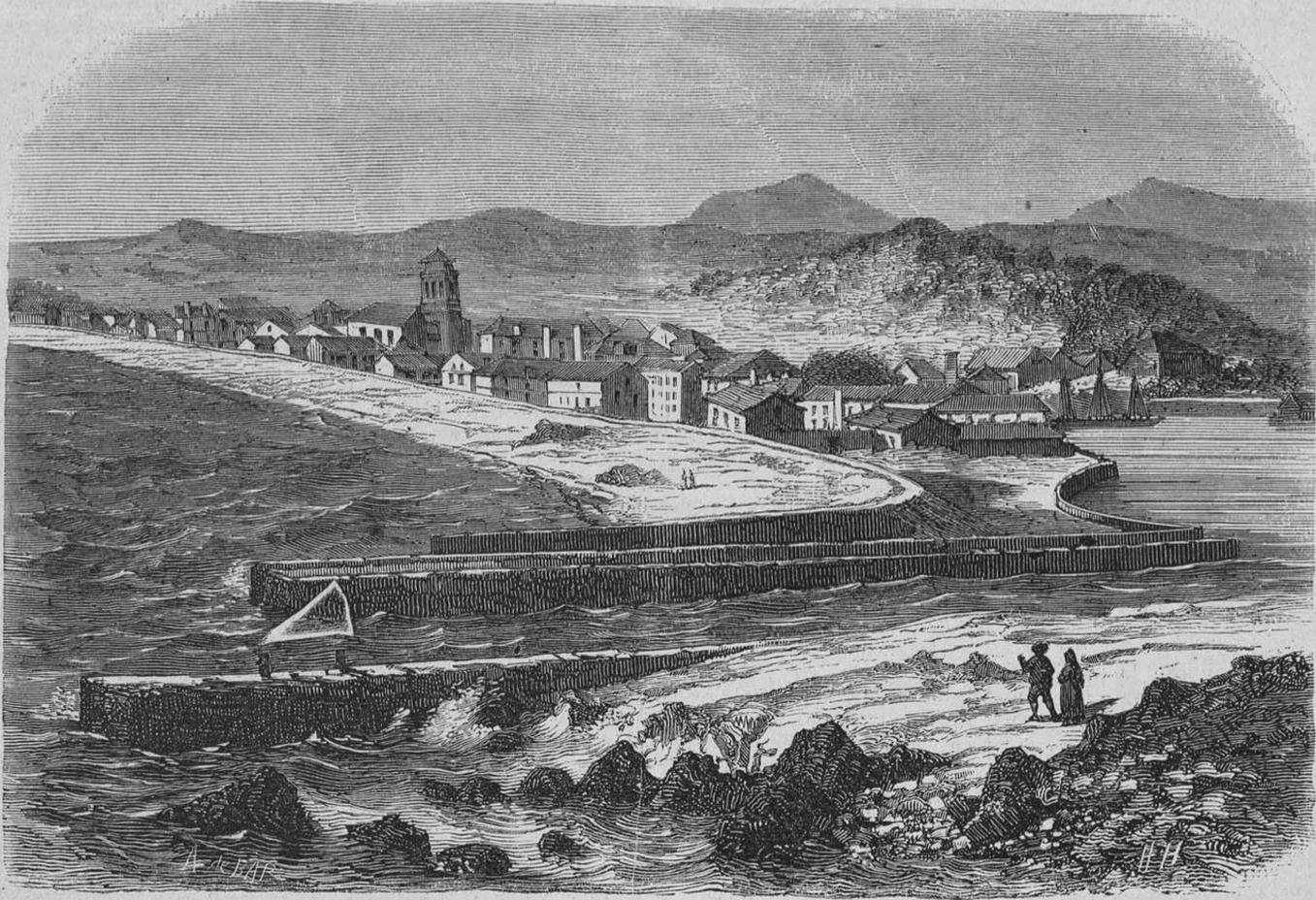
En medio de la oscuridad de la noche, el bote en que iban la emperatriz y el príncipe imperial, en el momento de atravesar el paso que conduce al puerto de San Juan de Luz, equivocó la dirección y fué á encallar en la playa de la derecha.

La emperatriz, el príncipe y las personas que estaban á bordo, pudieron llegar á tierra sin daño alguno á espaldas de marineros y con agua hasta las rodillas. Solo el piloto, que iba de pie en la proa del bote, fué arro-

jado por la violencia del choque y cayó al mar. Aturdido por la caída y arrastrado por las olas contra una roca, perdió el conocimiento. Cuando fué sacado á tierra, á pesar de los socorros que se le prodigaron, no pudo recobrar los sentidos, y sucumbió durante la noche.

El emperador había permanecido en Biarritz durante este suceso.

El piloto muerto se llamaba Larrea, y deja una viuda y seis hijos, varios de estos de menor edad. C. DE B.



SAN JUAN DE LUZ. — Playa donde encayó la embarcación *el Chamois*, á cuyo bordo estaban la emperatriz Eugenia y el príncipe imperial.

Incendio

DE LAS SELVAS DE LA Córcega.

Las cartas que tenemos á la vista, escritas en Córcega, traen los mas tristes detalles sobre el horrible incendio que en la segunda quincena del mes de agosto se declaró en los cantones de Vero y de Borgogliano. Conocida es la configuración de la Córcega, isla montañosa á cuyo través los caminos son difíciles, lo que ha impedido siempre sacar todo el partido que se podía esperar de sus riquezas. El Estado posee ahí territorios considerables cubiertos de selvas seculares que se escalonan hasta la cumbre mas elevada de los montes. En Vero y en Borgogliano, por ejemplo, que se hallan á unos treinta kilómetros de Ajaccio, son propiedad del Estado los bosques que ha devorado el incendio du-

rante los ardores caniculares del estío. El fuego se declaró primeramente en una aglomeración de malezas, yerbas y hojas secas. Los primeros que lo notaron creyeron que era una de esas hogueras que suelen encender los pastores para preparar sus alimentos; pero muy pronto comenzaron á arder pinos enteros, y propagándose con rapidez el incendio, se vió que el peligro era muy grande. Según el dicho de un testigo ocular, el incendio retorcia la selva en una espiral siniestra, y no



MODAS DE PARIS. — (Véase el artículo en la página 299.)

Deshal



CÓRCEGA. — Incendio de una selva en las colinas de Vero: operacion del contra-fuego.

P.B. GILBERT

COSMOS MEEHAN

se apagaba en un punto sino para aparecer en otro con nueva energía. No faltaban los alimentos, y ningún obstáculo se oponía ya á la llama devoradora.

En tal apuro, las aldeas de Vero y de Borgogliano pidieron socorro; pero los auxilios estaban lejos, y hasta el 22 no pudieron llegar á los lugares los soldados de la guarnición de Ajaccio y los marinos de la escuadra. Durante muchos días los soldados de tierra y de mar trabajaron con el mayor celo en las selvas de Vero. Se limitó la parte del incendio, y pusieron al abrigo las habitaciones amenazadas de ambas aldeas. En suma, los soldados no se retiraron hasta que no hubo ya ni sombra de peligro.

Hoy en lugar de aquellos pinos soberbios que se destinaban á las construcciones marítimas, no hay más que algunos troncos calcinados y carbonizados. Todo al alrededor la yerba está abrasada hasta las profundidades de la raíz. La tierra está cubierta de ceniza, y por do quiera se ve la imagen de la devastación en medio de un desierto.

G. B.

Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuación.)

— No puedo deciros de qué, contestó la jóven, y quisiera saberlo. He estado todo el día preocupada con horribles pensamientos de muerte y de sangrientos sudarios; he abierto un libro esta noche para pasar el tiempo, y siempre tenía las mismas imágenes ante los ojos.

— Eso es efecto de la imaginación, dijo el caballero tratando de calmarla.

— No es la imaginación, contestó la jóven con voz sorda; juraría haber visto la palabra ataud escrita en cada página del libro con gruesos caracteres negros, y aun me atrevo á decir que traían uno á mi lado cuando iba por la calle.

— Nada hay de extraño en eso, repuso el caballero; yo los he encontrado con frecuencia.

— Verdaderos ataúdes, replicó la jóven; pero no como el que yo he visto.

Había algo tan extraño en el acento de Nancy, que el espía se estremeció en su escondite, sintiendo la sangre helársele en las venas; pero se repuso al oír la dulce voz de la señora que rogaba á Nancy se calmase, desechando sus lúgubres pensamientos.

— Habladla con bondad, dijo al caballero que la acompañaba. ¡Pobre jóven, parece necesitarlo tanto!

— Vuestros orgullosos pastores, dijo Nancy, me habrían mirado con desden, al verme en el estado en que me hallo esta noche. ¡Oh! querida señorita, ¿por qué los que se arrojan el título de hombres de Dios, no son para nosotras desgraciadas, tan buenos y tan benévolos como vos, que dotada de hermosura y de tantas cualidades de que carecen ellos, podríais estar un poco orgullosa en vez de excederles en humildad?

— ¡Ah! sí, dijo el caballero; el turco, después de hacer sus abluciones, se vuelve hácia Oriente para rezar sus oraciones, así como esas buenas gentes, después de arreglar su aspecto á las circunstancias, elevan sus ojos al cielo para implorarle. Entre el musulmán y el fariseo, mi elección no es dudosa.

Estas palabras parecían dirigirse á la señora, y acaso tenían por objeto dejar á Nancy tiempo de reponerse.

Después de una pausa, preguntó el anciano á la jóven:

— ¿Vinísteis aquí el domingo último?

— No me fué posible, contestó Nancy; me detuvieron por fuerza.

— ¿Quién?

— Guillermo... ese de quien os habrá hablado ya la señorita.

— ¿Supongo no sospecharán que esteis en comunicación con alguien respecto al asunto que nos trae aquí esta noche? preguntó el caballero con aire inquieto.

— No, contestó la jóven encogiéndose de hombros; no me es muy fácil salir sin manifestar adónde voy, y para ir á ver á la señorita, tuve que dar á Guillermo una dosis de láudano antes de marcharme.

— ¿Se despertó antes de vuestra vuelta? preguntó el caballero.

— No; y ni él ni nadie sospecha.

— Tanto mejor, repuso el caballero: ahora, escuchadme.

— Podéis empezar, dijo Nancy.

— Esta señora, dijo el caballero, me ha comunicado, así como á ciertos amigos en quienes se puede tener la mayor confianza, lo que la dijísteis hace quince días. Confieso que al pronto he dudado de que se pudiese daros crédito; pero ahora creo firmemente que sois digna de él.

— Sí, contestó con viveza la jóven.

— Estoy convencido de ello, y os lo repito. Para probaros que me hallo dispuesto á fiarme de vos, os confesaré sin rodeos que nos proponemos arrancar, por medio del terror, el secreto de ese hombre á quien llaman Monks; pero si no nos fuera posible echarle mano

ú obtener de él lo que deseamos, será preciso entregarnos al judío.

— ¡Fagin! exclamó la jóven retrocediendo.

— Será forzoso entregarnos á ese hombre, repitió el caballero.

— Yo no haré eso jamás, replicó Nancy; es un demonio, es peor que un demonio; pero no haré eso.

— ¿No quereis? preguntó el caballero, que parecía esperar aquella contestación.

— ¡Jamás!

— ¿Y por qué?

— Por una razón, repuso la jóven con firmeza, por una razón que esta señora conoce, y que admitirá porque así me lo ha prometido. Tengo además otro motivo, y es, que si la vida de ese hombre ha sido criminal, la mía no lo es mucho menos; muchos entre nosotros han arrastrado la misma existencia, y no me volveré contra aquellos que hubieran podido... algunos al menos... volverse contra mí, y no lo han hecho, por perversos que sean.

— ¡Pues bien! se apresuró á contestar el caballero, como si fuera aquel el punto á que deseaba llegar; entregadme á Monks y dejad que me arregle con él.

— ¿Y si denuncia á los otros?

— Os prometo que en ese caso, y si se obtiene de él la verdad, la cuestión no pasará adelante. Debe haber en la vida del pobre Oliverio circunstancias que sería penoso exponer á los ojos del público. Con tal que sepamos la verdad, no queremos más, y de ningún modo quedará comprometida la libertad de ninguno.

— ¿Y si no quiere decir nada? observó la jóven.

— Entonces, no perseguiremos á ese judío ante la justicia sin vuestro consentimiento; pero en tal caso podré exponeros razones, que según creo, os decidirán á entregarle.

— ¿Me dará esta señora su palabra de que será así? preguntó con viveza la jóven.

— Sí, contestó Rosa; me comprometo formalmente.

— ¿Monks no sabrá nunca cómo ha llegado todo esto á vuestro conocimiento? añadió Nancy después de una pausa.

— Jamás, contestó el caballero; nos compondremos de modo que nunca pueda dudar de nadie.

— He mentido muchas veces, y he estado desde mi infancia entre embusteros, dijo Nancy después de una corta pausa; pero cuento con vuestra palabra.

Habiéndola asegurado una vez más que podía estar completamente tranquila, la jóven comenzó á describir en detalle la taberna donde había estado aquella misma noche; pero hablaba tan bajo, que á veces le era muy difícil al espía seguir el hilo de la narración, por más que la jóven se detuviese de vez en cuando, como si el caballero tomara apresuradamente algunas notas sobre los datos que se le suministraban. Cuando Nancy hubo descrito minuciosamente la localidad, indicado el punto, desde donde se podía ver mejor sin ser visto, y dicho en qué día y á qué hora tenía Monks la costumbre de ir, pareció reflexionar un momento como para recordar mejor las facciones y el exterior del hombre de quien estaba dando las señas.

— Es alto, dijo, bastante robusto, pero no muy grueso; cuando anda, parece acechar á todos, y siempre mira de reojo. No olvideis esto, y advertid que nadie puede tener los ojos tan hundidos como él, por lo cual os será muy fácil reconocerle. Es moreno, de ojos negros, y aun cuando no tendrá más de veinte y seis ó veinte y ocho años, parece ya un viejo. En sus labios se ven con frecuencia las señales de sus dientes, pues le acometen accesos furiosos, y suele morderse las manos hasta hacerse sangre...

— ¿Por qué os estremeceis? preguntó la jóven, deteniéndose de pronto.

El caballero se apresuró á contestar que era un movimiento involuntario, y la rogó que continuase.

— Casi todos estos detalles, prosiguió la jóven, los he recogido en la taberna de que os he hablado, pues yo no he visto á ese hombre más que dos veces, y ambas iba cubierto con una gran capa. Esto es todo lo que puedo deciros para que le reconozcáis... Aguardad; en el cuello, y bastante alta para que pueda verse, á pesar de la corbata, cuando vuelve la cabeza, tiene...

— Una gran mancha roja, como una quemadura, exclamó el caballero.

— ¿Cómo! replicó Nancy; ¿le conocéis?

Rosa lanzó un grito de sorpresa, y durante algunos instantes guardaron tal silencio los actores de aquella escena, que el espía pudo oírlos respirar.

— Creó que sí, dijo al fin el caballero, á juzgar por las señas que me dáis; pero ya veremos... se encuentran á veces semejanzas singulares, mas quizás no sea él.

Al decir estas palabras con aire indiferente, el caballero dió un paso hácia el lado donde estaba oculto el espía, y este pudo oír que murmuraba: « Debe ser él. »

— Ahora, jóven, dijo acercándose á Nancy, puesto que nos habeis prestado un gran servicio, quisiera recomendaros de algún modo. ¿Qué puedo hacer por vos?

— Nada, contestó Nancy.

— No habeis así, repuso el caballero con un acento de bondad capaz de conmover á un corazón más endurecido; reflexionad y decidme qué puedo hacer por vos.

— Nada, caballero, repitió la jóven llorando, nada podéis hacer; para mí ya no hay esperanza.

— Vais demasiado lejos, dijo el caballero; vuestra vida pasada ha sido culpable; habeis empleado mal esa energía de la juventud, esos tesoros inestimables que Dios nos concede solo una vez; pero podéis esperar en el porvenir. No quiero decir con esto que esté en nues-

tro poder devolveros la paz del alma, que solo adquiriréis con vuestros propios esfuerzos; pero podemos ofrecer un asilo pacífico en Inglaterra, ó si lo preferís en un país extranjero. Repito que podemos hacer esto, y que tenemos el mayor deseo de poner al abrigo de todo peligro. Antes que termine la noche, antes que iluminen el río los primeros albos de la mañana, podéis hallaros muy lejos de vuestros antiguos compañeros, sin que quede de vos la menor huella. Vamos, no habeis una palabra mas con esos hombres; no volváis á entrar en esa vida; no respireis de nuevo esa atmósfera que os corrompe y que os mata; abandonadlos á todos mientras es tiempo todavía y se os presenta una ocasión favorable.

— Ya se dejará convencer, dijo Rosa; vacila, estoy segura.

— Temo que no, hija mía, contestó el caballero.

— No, señor, no vacilo, replicó Nancy, después de un momento de lucha interior; estoy encadenada á mi antigua vida; la maldigo y la odio ahora; pero no puedo abandonarla. He ido demasiado lejos para volver atrás, y sin embargo, no sé lo que me pasa, y me habría reído de vos si me hubierais hablado así hace algún tiempo. Pero hé aquí que me asaltan de nuevo mil temores, añadió la jóven mirando á su alrededor con inquietud; es preciso que me vuelva á casa.

— ¡A vuestra casa! exclamó Rosa con tristeza.

— Sí, contestó Nancy; me es forzoso seguir arrastrando la existencia que me he creado. Separémonos. Acaso no hayan visto y haya sido espía; dejadme, y marchaos; todo lo que os pido en cambio del servicio que acabo de prestaros, es que me dejeis ir sola.

— Veo que todo es inútil, murmuró el caballero exhalando un suspiro; y acaso comprometamos su seguridad permaneciendo aquí. Ya la hemos detenido más tiempo del que esperaba.

— Sí, sí, dijo Nancy con viveza, y ya debería estar muy lejos.

— ¿Cómo acabará esta pobre jóven? exclamó Rosa.

— ¿Cómo? replicó Nancy; mirad delante de vos, señorita; mirad esas olas sombrías. ¿No habeis oído decir con frecuencia que desgraciadas como yo, se arrojan al agua sin que ningún alma viviente las compadezca?

Esto me podrá suceder dentro de algunos años, quizás dentro de pocos meses; pero estad segura que tal será mi fin.

— No habeis así, replicó Rosa sollozando.

— Nunca sabreis nada, querida señorita, contestó Nancy, y quiera Dios que nunca lleguen á vuestros oídos semejantes horrores. ¡Adios, adios!...

El caballero dió un paso para alejarse.

— Tomad este bolsillo, dijo Rosa, tomadle por amor mio, á fin de que tengais algunos recursos en un momento de necesidad ó de inquietud.

— No, no, replicó Nancy; no os he prestado ese servicio por dinero; dejadme la satisfacción de pensar que no me ha movido el interés. Agradecería sin embargo que me diérais alguna cosa, cualquier objeto vuestro...

no, no, una sortija no... vuestros guantes ó vuestro pañuelo, algo en fin, que pueda guardar, mi querida señorita... Eso es, gracias. ¡Que Dios os bendiga! Buenas noches!

Nancy se hallaba presa de una agitación tan violenta, y parecía temer de tal modo que la descubriesen, que el caballero se resolvió á dejarla, como era su deseo. Oyóse el ruido de los pasos que se alejaban, y todo volvió á quedar en silencio.

Rosa y su acompañante llegaron bien pronto al puente, deteniéndose en lo alto de la escalera.

— Escuchad, dijo Rosa prestando atento oído; ¿no ha llamado?

— No, hija mía, repuso Brunlow mirando con tristeza hácia atrás; no se ha movido, y espera á que nos alejemos.

Rosa Maylie estaba desconsolada; pero el anciano la cogió del brazo y se la llevó con dulzura.

Cuando hubieron desaparecido, dejóse caer Nancy sobre uno de los escalones de piedra, y en su angustia, vertió amargas lágrimas.

Levantóse bien pronto, y con paso débil y vacilante subió los escalones que conducían al puente. El espía, asombrado, permaneció inmóvil en su puesto durante algunos minutos, y cuando estuvo cierto de hallarse solo, salió de su escondite y subió al puente rozando la muralla.

Llegado cerca de la escalera, Noé Claypole miró á su alrededor varias veces para asegurarse de que no le observaban, y después echó á correr en dirección á la casa del judío.

XLVII.

Serían las dos de la madrugada, esa hora que en otoño puede muy bien llamarse la media noche, y cuando por las calles, desiertas y silenciosas, solo se ve alguno que otro borracho, que se dirige á su casa con paso vacilante. En aquella hora avanzada, velaba el judío en su huonera, con el rostro tan pálido y contraído, y los ojos tan inyectados de sangre, que más que hombre, parecía un fantasma hediondo escapado de la tumba y perseguido por un espíritu maligno.

Hallábase agachado delante de la chimenea, envuelto en una vieja colcha desgarrada, y de espaldas á la luz que había encima de una mesa á su lado. Con la mano derecha junto á la boca y absorto en sus reflexiones, mordíase los labios, dejando ver sus encías sin más dientes que dos ó tres colmillos amarillentos.

Noé Claypole dormía profundamente sobre un colchon extendido en el suelo. De vez en cuando, dirigiale el viejo una mirada, y despues sus ojos volvian á fijarse en la luz, cuyo largo pábilo, así como las gotas de sebo que caian sobre la mesa, atestiguaban que los pensamientos del judío estaban muy lejos de allí.

Y así era en efecto. Mortificábale la idea de ver sus planes frustrados, castigábale la rabia contra la jóven que había osado ponerse en relacion con personas extrañas, desconfiaba de su sinceridad, sentía perder la ocasion de vengarse de Sikes, temiendo ser descubierto, ó acaso ahorcado, y todo esto le causaba un acceso horrible de furiosa cólera. Todas las reflexiones de Fagin se cruzaban con rapidez en su mente, y mil proyectos criminales, mas negros los unos que los otros, agitábanse en su cabeza. Permaneció completamente inmóvil y sin parecer pensar en el tiempo que pasaba, hasta que un rumor de pasos que se oyó en la calle, fué á llamar su atención.

— ¡Al fin! murmuró pasándose una mano por sus labios secos y agitados por la fiebre; ¡al fin!

Al mismo tiempo dejóse oír una campanilla; precipitóse el judío por la escalera para abrir la puerta, y volvió á entrar acompañado de un hombre completamente embozado, que llevaba unos papeles debajo del brazo, y que despues de sentarse y descubrirse, dejó ver las formas atléticas de Sikes el bandido.

— Tomad, dijo, poniendo el paquete sobre la mesa; guardad eso y sacad el mejor partido posible, pues harto trabajo me ha costado el adquirirlo. Hace tres horas que debía estar aquí.

Fagin cogió el paquete, encerróle en el armario, y volvió á sentarse sin decir una palabra, pero sin apartar sus ojos del bandido. Cuando estuvieron sentados frente á frente, miróle de nuevo fijamente; sus labios temblaban de tal modo, y hallábanse sus facciones tan alteradas por la emocion, que el bandido retiró su silla involuntariamente y examinó á Fagin con aire asustado.

— ¿Y bien? ¿qué hay? preguntó Sikes; ¿por qué me mirais de ese modo? ¿Vamos, hablad!

El judío levantó la mano, agitando un dedo tembloroso; pero era tal su furor, que no pudo articular una sola palabra.

— ¡Diablo! exclamó Sikes, que no las tenia todas consigo, se ha vuelto loco; me pondré en guardia.

— No, no, murmuró Fagin, hallando al fin la voz, no sois... no sois vos, Guillermo; no tengo nada porque reprenderos.

— ¡Oh! ¿nada, eh? exclamó Sikes, mirando á Fagin con aire sombrío, y mudando ostensiblemente una pistola de un bolsillo á otro, como para tenerla mas á mano. Es una fortuna, al menos para uno de los dos, sin que á mí me importe saber cuál.

— Lo que tengo que deciros, Guillermo, murmuró el judío acercando su silla á la de Sikes, os pondrá aun mucho mas furioso que lo estoy yo.

— ¡De veras! replicó el bandido con aire incrédulo; pues hablad y despachaos, pues de lo contrario, creará Nancy que me he perdido.

— ¡Perdido! repitió Fagin; yo os aseguro que ya se ha arreglado ella para que lo esteis.

Sikes miró al judío con aire inquieto, y no leyendo en sus facciones ninguna explicacion satisfactoria, cogióle por el cuello con fuerza, y sacudiéndole rudamente, le dijo:

— ¿Querreis hablar ó será necesario que os ahogue? Entreabrid esos dientes y decidme con claridad lo que tengais que decir. Basta ya de gestos, viejo lobo; acabemos de una vez.

— Supongamos, comenzó Fagin, que ese muchacho que está ahí echado...

Volvióse Sikes hácia donde estaba Noé como si no le hubiese visto, y repuso, volviendo á su primera posicion:

— ¿Y bien?

— Supongamos, continuó Fagin, que ese muchacho nos hubiera delatado á todos, buscando desde luego las personas necesarias para realizar sus miras; supongamos tambien que haya tenido una entrevista con ellas en la calle, para darles nuestras señas, nuestra filiacion; é indicarles los puntos donde se nos puede encontrar; y supongamos en fin que haya hecho todo eso por su propia voluntad y satisfacción, sin que le hayan cogido, interrogado ú obligado á prestar declaraciones, yendo él mismo á buscar á nuestros enemigos para contárselo todo. Decidme, continuó el judío, cuyos ojos lanzaban llamas; si hubiese hecho todo esto, ¿qué sucederia?

— ¡Qué sucederia! exclamó Sikes profiriendo una espantosa blasfemia; que le destrozaria el cráneo con los tacones de mis botas, convirtiéndolo en tantos pedazos como pelos tiene en la cabeza.

— ¿Y si yo hubiese hecho eso, aulló el judío; yo que sé tanto y que podria hacer aborcar á muchos sin que me sucediera á mí nada?

— No sé, replicó Sikes rechinando los dientes y pali-deciendo á la idea de semejante traicion; en primer lugar, haria en la cárcel alguna cosa para que me pusieran grillos, y si nos citaban á juicio á los dos al mismo tiempo, caeria sobre vos en pleno tribunal para romperos el cráneo delante de todo el mundo. Creo que tendria bastante fuerza para aplastaros la cabeza como si os la hubiese cogido la rueda de un carro.

— ¡Vos!

— ¡Yo! contestó el bandido; probad si queréis.

— ¿Y si fuese Charlot, ó el Truhan, ó Betty, ó?...

— Poco me importa quién, interrumpió Sikes con

acento de cólera; el que sea puede estar seguro del castigo.

Fagin contempló fijamente al bandido, y haciéndole despues una seña para que guardara silencio, inclinóse sobre el colchon donde dormia Noé, y sacudió al muchacho para que despertase. Sikes, inclinado tambien sobre su silla y con las manos apoyadas en las rodillas, miraba fijamente como preguntándose sorprendido á qué conducian todas aquellas preguntas.

— ¡Bolter, Bolter! gritó Fagin levantando la cabeza con una expresion diabólica y recalcando sus palabras; ¡pobre muchacho! está rendido por haber espiado tanto tiempo á esa jóven... sí, á esa jóven; ¿me entendeis, Guillermo?

— ¿Qué queréis decir? preguntó el bandido irguiéndose en su silla.

El judío, sin contestar, se inclinó de nuevo sobre Noé y le hizo sentar en el colchon. Despues de haberse hecho repetir varias veces su fingido nombre, frotóse el muchacho los ojos y miró atento á su alrededor bostezando.

— Volved á decir todo eso otra vez para que él lo oiga, dijo Fagin señalando con el dedo á Sikes.

— ¿Decir qué? preguntó Noé medio dormido.

— Lo relativo á... Nancy, repuso el judío, cogiendo por la muñeca á Sikes, como para impedirle que se fuese antes de oirlo todo. ¿La habeis seguido?

— Sí.

— ¿Hasta el puente de Lóndres?

— Sí.

— ¿Donde ha encontrado á dos personas?

— En efecto.

— Un caballero y una señora á quienes ya habia ido á visitar anteriormente; la dijeron que entregase á todos sus cómplices, empezando por Monks... así lo prometió... que diese nuestras señas... las dió... que manifestara dónde nos reuniamos y desde qué sitio se nos podia acechar... así lo hizo... que citase la hora en que soliamos estar juntos... tambien lo reveló. Todo, en fin, lo ha dicho sin omitir nada, sin que mediase ni una amenaza y sin la menor vacilacion. Eso es lo que ha hecho; ¿no es verdad? gritó el judío, ciego de cólera.

— Así es, contestó Noé rascándose la cabeza; todo ha pasado exactamente como decís.

— ¿Y qué es lo que han dicho respecto al domingo último? preguntó el judío.

— ¿Al domingo último? preguntó Noé reflexionando; ya os lo he dicho.

— ¡Volved á decirlo! gritó Fagin echando espumarajos por la boca y blandiendo una de sus manos como un furioso, mientras oprimia con la otra el brazo de Sikes.

— La preguntaron, repuso Noé, que ya mas despierto comenzaba á comprender quién era Sikes; la preguntaron por qué no habia ido el domingo anterior segun prometiera, y ella contestó que no le fué posible...

— ¡La causa, la causa! interrumpió Fagin con aire de triunfo, contad eso.

— Porque habia sido detenida á la fuerza por Guillermo, el hombre de quien habló anteriormente, contestó Noé.

— ¿Y qué mas? preguntó el judío; ¿qué mas les dijo de aquel hombre? ¡Contad eso, contad eso!

— Pues bien, replicó Noé, les dijo, que no le era fácil salir sin que aquel hombre supiera dónde iba; y que la primera vez que salió para ir á ver á la señora... ¡ja, ja, ja! esto sí que me hizo reír cuando lo oí... tuvo que dar á aquel hombre una dosis de laudano.

— ¡Muerte y condenacion! gritó Sikes desprendiéndose bruscamente de la mano del judío, ¡dejadme marchar!

Y arrojando lejos de sí al viejo, precipitóse por la escalera como un furioso.

— ¡Guillermo, Guillermo! gritó el judío corriendo tras él; ¡una palabra, una palabra tan solo!

Pero ni una palabra hubiera podido decir á Sikes, si este no se hubiese visto en la imposibilidad de abrir la puerta, que encontró cerrada. Al llegar Fagin, encontróle blasfemando y profiriendo mil juramentos.

— ¡Dejadme salir! gritó Sikes; no me digais nada si teneis en algo vuestra vida; ¡dejadme salir!

— ¡Una palabra tan solo, replicó Fagin poniendo una mano sobre la cerradura... No seais...

— ¿Qué? preguntó el bandido.

— No seais... demasiado violento, Guillermo, dijo el judío con voz ahogada.

Comenzaba á amanecer y habia bastante luz para que ambos pudiesen verse; cruzáronse sus miradas, brillaron sus ojos con un fulgor siniestro, y no les quedó la menor duda de que su pensamiento era el mismo.

— Entiendo por esto, dijo Fagin, juzgando inútil fingir por mas tiempo, que no debéis obrar con demasiada violencia... sed prudente; astucia, Guillermo, y nada de escándalo.

Sikes no contestó; pero empujando con viveza la puerta cuando la hubo abierto el judío, lanzóse á la calle desierta.

Sin detenerse, sin reflexionar un instante, sin volver una sola vez la cabeza á derecha ó á izquierda, sin levantar los ojos al cielo ni bajarlos hácia la tierra, el bandido emprendió su carrera con la mirada extraviada y los dientes apretados por la cólera; no murmuró una palabra, ni se contrajo ninguno de sus músculos hasta llegar á la puerta de su casa. Una vez allí, dió vuelta á la llave con suavidad, subió rápidamente la escalera, entró en su cuarto, cerró bien la puerta, y despues de apoyar contra ella una pesada tabla, corrió la cortina del lecho.

La jóven estaba echada y á medio vestir; al entrar el bandido, despertóse con sobresalto.

— En pié, dijo Sikes.

— ¿Eres tú Guillermo? repuso Nancy con una expresion de placer al verle de vuelta.

— Sí, contestó el bandido, en pié.

Cerca de la cama ardia una vela; arrancóla Sikes del candelero y la arrojó en la chimenea. Viendo Nancy que comenzaba á romper el día, levantóse para correr la cortina de la ventana.

— Déjala, dijo Sikes poniéndose delante; hay bastante luz para lo que tengo que hacer.

— Guillermo, exclamó Nancy con voz ahogada por el terror; ¿por qué me miras así?

Con las narices dilatadas y el pecho palpitante, el bandido contempló á la jóven algunos momentos; cogiéndola despues por la cabeza y el cuello la arrastró hasta el medio de la habitacion, y tapándole la boca con una mano, miró hácia la puerta.

— ¡Guillermo, Guillermo!... exclamó la jóven con voz ahogada, luchando con la energia de la desesperacion y del temor de la muerte; yo no gritaré... escuchame... habla... dime ¿qué he hecho?

— ¡Demasiado lo sabes, miserable! replicó Sikes; anoche te han espiado... y oido todo lo que has dicho.

— Entonces perdóname la vida como yo he perdonado la tuya, exclamó Nancy arrastrándose. Guillermo, querido Guillermo, tú no tendrás corazón para matarme. ¡Oh! piensa en todo lo que he rehusado esta noche por causa tuya. No cometas este crimen; yo no te soltaré, no podrás hacer que te suelte. ¡Guillermo, por amor de Dios, por mí, por mí, detente antes de verter mi sangre! ¡Por mi alma te juro no haberte hecho traicion!

El bandido hizo un violento esfuerzo para desprender su brazo; pero la jóven le oprimia tan convulsivamente, que no pudo conseguirlo.

— ¡Guillermo! gritaba Nancy, tratando de apoyar la cabeza sobre el pecho de Sikes; ese caballero y esa señora me propusieron anoche ir á vivir al extranjero para terminar mis días en paz y tranquilidad; déjame que los vuelva á ver para suplicarles de rodillas que hagan por tí otro tanto. Dejaremos esta miserable casa para irnos muy lejos, cada uno por su lado, á vivir mejor y olvidar nuestro pasado: despues, ya no nos volveremos á ver jamás. Ellos me han dicho que nunca es demasiado tarde para arrepentirse... conozco ahora que tienen razon; pero necesitamos tiempo, un poco de tiempo.

El bandido consiguió al fin desprender uno de sus brazos, y cogió su pistola; á pesar de su cólera violenta, asaltóle la idea de que seria descubierto inmediatamente si hacia fuego, y entonces, con la culata del arma, descargó dos golpes con toda su fuerza en la cabeza de Nancy.

La jóven vaciló y cayó, anegada por el torrente de sangre que brotaba de su frente; despues, haciendo un esfuerzo para ponerse de rodillas, sacó un pañuelo blanco, el que le habia dado Rosa Maylie, y elevando al cielo sus manos desfallecidas, murmuró una oracion para implorar la misericordia de Dios.

Aquella escena era espantosa: el asesino se acercó á la pared con paso vacilante, puestas las manos sobre los ojos, y apoderándose de un herrado garrote remató á su víctima.

XLVIII.

De todas las acciones culpables que se habian cometido á favor de las tinieblas en el vasto recinto de Lóndres, aquella era la mas culpable, la mas criminal. De todos los delitos que iban á empozoñar con su olor infecto el aire puro de la mañana, aquel era el mas cobarde y odioso.

El sol, que no trae consigo solo la luz, sino que sirve tambien para devolver al hombre la vida y la esperanza, se alzaba radiante sobre la populosa ciudad, y sus resplandecientes rayos, así iluminaban los magníficos cristales de colores como los miserables vidrios, así las torres de las catedrales como los edificios ruinosos.

El sol iluminó pues la habitacion donde yacia el cadáver de la pobre Nancy, y á despecho de todos los esfuerzos del bandido para impedir que entrase la claridad, un torrente de luz se reflejó en todos los objetos. Si el espectáculo habia sido espantoso en el crepúsculo de la mañana, ¿qué seria á la brillante luz del sol!

Sikes permaneció inmóvil: tuvo miedo de escaparse; su víctima habia exhalado un gemido lastimero, moviendo una de sus manos.

Entonces con una rabia que el terror aumentaba, habiála dado repetidos golpes. Hubo un momento en que arrojó una colcha sobre el cadáver; pero representarse los ojos de su víctima, imaginarse que se volvian hácia él, era aun mas insoportable que verlos fijos é inmóviles para mirar el mar de sangre en que se reflejaban los rayos del sol. Tiró pues de la colcha y dejó descubierta el cadáver; aquello no era ya mas que una masa de carne y de sangre; pero ¡qué sangre!

Entonces sacó yesca, encendió lumbre, y arrojó á la chimenea su pesado garrote; en el extremo de este habia algunos cabellos de mujer que se inflamaron, produciendo algunas ligeras chispas que la corriente de aire arrastró rápidamente á la chimenea.

Esto aterró á Sikes á pesar de lo bárbaro que era, y cogiendo el garrote, le tuvo en las manos hasta que el fuego le hizo pedazos, los cuales redujo despues á cenizas.

En seguida, lavóse las manos y se frotó la ropa; pero

como habia manchas que no pudo hacer desaparecer, cortó los pedazos donde estaban y los arrojó al fuego.

Todo el cuarto se veia alagado en sangre; hasta las patas del perro estaban llenas de ella.

Durante todo este tiempo, no habia vuelto una sola vez la espalda al cadáver. Cuando hubo terminado sus preparativos, dirigióse á la puerta arrastrando consigo al perro, abrióla en silencio, volvióla á cerrar dando dos vueltas á la llave, y guardándose esta, salió á la calle.

Después de atravesarla, dirigió una mirada hácia la ventana para asegurarse de que no se podia ver nada desde afuera; la cortina que Nancy quiso apartar para que penetrase la luz, que no debia ver ya mas, continuaba corrida: el cadáver de la jóven se hallaba cerca: el asesino lo sabia. ¡ Oh Dios, cómo se reflejaban en aquel sitio los rayos del sol!

Sikes no miró mas que una vez á la ventana, y sintióse mastranquilo al pensar que habia podido salir sin que le vieran. Después de silbar á su perro, alejóse rápidamente.

Atravesó Islington y subió á la colina de Highgate, donde se halla el monumento levantado en honor de Wellington; pero andaba á la ventura sin saber adónde iria.

Tomando la derecha, siguió primero una senda á través de los campos; pasó por Caen Wood, llegó á Hampstead, franqueó el valle de Saubé, subió la pendiente opuesta; y cruzando el camino que une los pueblos de Hampstead é Highgate, penetró en los campos de North End, y se echó junto á un vallado.

Durmióse bien pronto, pero no tardó en levantarse otra vez, y comenzó á andar, aunque no hácia el campo, sino en direccion de Lóndres, siguiendo el camino real. Al poco tiempo, volvió sobre sus pasos, y luego dirigióse de nuevo á través de los campos, tan pronto echándose á la orilla de los fosos como vagando á la ventura.

¿ Dónde encontrar un punto bastante próximo, y no muy frecuentado, para tomar algun alimento? Parecióle Hendon el sitio mas propicio, por hallarse á poca distancia y concurrir á él poca gente, y en consecuencia dirigióse á dicho pueblo, tan pronto corriendo como á paso de tortuga, y dando golpes con el palo en todos los árboles que encontraba al paso con aire indiferente.

Pero al llegar á Hendon, parecióle que todos, hasta los muchachos que estaban á las puertas, le miraban con ojos sospechosos, y volvió piés atrás sin tener valor de pedir una gota de agua ó un pedazo de pan, á pesar de que no se habia desayunado desde la víspera.

Volvió pues á tomar el camino de Hampstead sin saber dónde dirigirse, y después de errar algun tiempo, volvió al mismo punto de partida. El dia comenzaba á declinar, y andando tan pronto á izquierda como á derecha, acabó por alejarse en direccion á Hatfield.

A las nueve de la noche apenas tenia ya fuerzas para andar, y su perro, rendido de cansancio, iba detrás sin aliento. Sikes bajó la colina que hay cerca de la iglesia del pueblo, entonces silencioso, y deslizándose á lo largo de una estrecha calle, penetró en una pequeña taberna donde se veia luz.

Algunos aldeanos que se disponian á beber y estaban sentados al rededor del hogar, se apartaron para dejar sitio al recién venido; pero Sikes fué á sentarse al ex-

SOLICITUD DE MANTENIMIENTO



Fac-simile de un Bono de 25 francos emitido por la Junta nacional romana para el sostenimiento de la insurreccion.

Italiani!

Nel nostro programma del 1° Aprile corrente noi abbiamo esplicitamente dichiarato il nostro scopo.

Noi intendiamo valerci ad ogni costo del diritto che venne dalla stessa Diplomazia riconosciuto, accettando il principio che Roma appartiene ai Romani.

Mentre noi attendiamo colla energia della disperazione e col senno dei nostri antichi padri ad affrettare il momento della riscossa, sentiamo il dovere di arrecare sollievo alle dolorose condizioni, nelle quali la mala signoria del prete mantiene ancora le infelici nostre popolazioni.

Abbiamo dunque risoluto ad unanimita la emissione di Vaglia di Cinque, Venticinque, e Cento Lire Italiane, perché ciascuno possa, a seconda delle proprie forze, concorrere a questa opera pietosa.

Perché questa emissione di Vaglia abbia le necessarie garanzie, noi ne affidiamo esclusivamente l'incarico ai nostri esuli concittadini, che il nostro Generale Garibaldi ha formato in centro della emigrazione romana in Firenze, investendoli di tutte le facoltà necessarie.

Concittadini e Fratelli Italiani! Voi facciamo ora appello alla carità nazionale, fidenti che ci risponderà volentosa, come noi risponderemo alla fiducia di cui siamo onorati.

Roma, 30 Aprile 1867.

Il Centro d'insurrezione

Dorso del Bono de 25 francos emitido por la Junta nacional romana.

tremo de la sala para comer y beber solo, ó mas bien, con su perro, al cual daba de vez en cuando algunos pedazos de pan.

Los aldeanos reunidos en la taberna, conversaban acerca de las tierras y de las haciendas de los alrededores, y cuando se hubo agotado aquel asunto, hablaron sobre la edad avanzada de un compañero, á quien habian enterado el domingo anterior.

Los jóvenes decian que era muy viejo, en tanto que los ancianos sostenian que era aun muy jóven.

— No tenia mas edad que yo, dijo un venerable aldeano de cabeza blanca; todavia hubiera podido vivir doce ó quince años mas... si hubiese tomado bien sus precauciones...

Nada habia de particular en aquella frase que pudiese llamar la atencion ó despertar los temores de Sikes, y por lo tanto, permaneció silencioso en su rincón, y ya iba á dormirse profundamente, cuando entró en la sala un nuevo personaje.

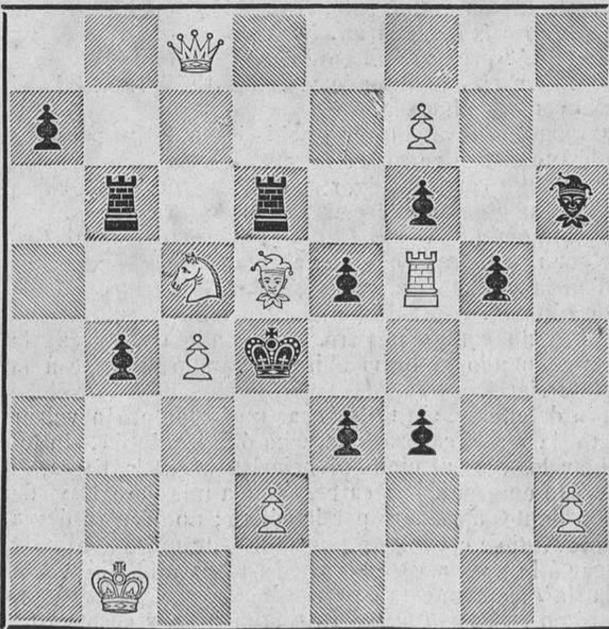
Era este un viejo buhonero, á la vez revendedor y charlatan, que recorria á pié los pueblos para vender piedras de afilar, navajas de afeitar, jaboncillo, betun, drogas para los perros y los caballos, artículos de perfumeria y otros varios objetos por el estilo, contenidos todos en una maleta que llevaba al hombro.

(Se continuará.)

Problemas de ajedrez. (1)

PROBLEMA NÚMERO 250, POR M. CONRAD BAYER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cinco jugadas.

Los bonos de la insurreccion romana.

Para sufragar los gastos de la campaña que se ha emprendido en los Estados pontificios por los agitadores italianos, la junta nacional romana ha hecho una nueva y considerable emision de los bonos que creó con fecha del 30 de abril último. Estos bonos se envian por toda Italia á ciertas personas que negocian su colocacion, dando sus cuentas al comité central de la emigracion romana que se halla en Florencia, el cual distribuye una parte del dinero á los diversos comités de las principales ciudades, centro de reunion de los voluntarios, y cada alistado recibe, por término medio, una cantidad de 50 á 60 francos. En Roma, la junta nacional atiende á sus necesidades.

Los bonos ó billetes, que son de 100 y de 25 francos, llevan al lado la firma autógrafa de Garibaldi. L. R.

(1) Solucion del número 249.

- 1 A 4ª TRª jaque R 3ª TRª
- 2 T 7ª CR Cualquiera
- 3 C 8ª CRª jaque R toma uno de los C
- 4 A 4ª Rª ó 5ª R jaque-mate

Los Editores-Proprietarios responsables:
X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografia de A. Marc, 22, rue de Verneuil.